

Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

La invasión de Washington

Sepan que estoy preparando la invasión de Washington, para lo cual cuento con cerca de 350 000 hombres, que serán dirigidos por la joven oficialidad que compone mi Estado Mayor. Cuento con la flor y nata de los ejércitos, y nada ni nadie podrá detener mi entrada triunfal en Washington y posteriormente en la Casa Blanca, desde la cual me encargaré de tomar las decisiones sobre el destino del mundo, estén preparados para rendirse inmediatamente ante mi inminente ofensiva o ser exterminados.



Lou Carrigan

La invasión de Washington

Brigitte en acción - 461

ePub r1.0
Titivillus 21.12.2017

Lou Carrigan, 1990
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Brigitte
EN ACCION



Capítulo primero

El piloto rojo del teléfono del cuarto de baño se encendió, y Brigitte sacó un brazo de la aromatizada y espumosa agua, tomó el auricular, y murmuró, todavía profundamente relajada:

—¿Sí, Peggy?

La voz de su ama de llaves sonó atribulada:

—Señorita, ya sé que no he de molestarla cuando está en el baño, pero como siempre me dice que si el caso es importante puedo hacerlo…

—Claro que sí. ¿Qué ocurre?

—Tenemos en la línea un hombre al que le he dicho que no sabía si estaba usted en casa, y que iba a mirar. Dice que se llama Carpenter Rush, y que trabaja para la misma empresa que usted. Asegura que es urgentísimo que usted le atienda.

—No conozco a ningún Carpenter Rush. ¿A qué empresa se ha referido el señor Rush?

—No ha querido mencionarla. He deducido que se trata de la CIA, pero que a mí no quería decírmelo.

—Ponme con el señor Rush.

—Sí, señorita.

Se oyó el leve chasquido de la conexión.

—¿Sí? —inquirió Brigitte.

—Señorita Montfort, buenos días. Soy Carpenter Rush. Usted no me conoce personalmente, pero estoy seguro de que me entenderá si le digo que si nos hubiéramos tratado en alguna ocasión me habría llamado Simón, nombre con el que designa usted a todos nuestros compañeros.

—Le comprendo, señor Rush. ¿Debo entender que usted sabe quién soy yo dentro de la empresa que le ha mencionado a mi empleada?

—Hace mucho tiempo que lo sé. Pero, sencillamente, hasta

ahora no me pareció necesario molestarla.

—Si usted es un Simón, no me molesta. ¿De qué se trata?

—Tengo la certeza de que usted se las ha arreglado bien para que su teléfono no esté intervenido en modo alguno, sin embargo, preferiría que nuestra conversación se realizara cara a cara.

—Ya. ¿Qué sugiere al respecto?

—A fin de evitarle incómodos desplazamientos podríamos encontrarnos donde usted quiera a la hora que le vaya mejor. A mí se me ha ocurrido que el Central Park podría ser un buen sitio: no tiene usted más que cruzar la Quinta Avenida y ya está en él.

—En Central Park… Sí, me parece bien. Precisamente hace tiempo que no paseo por Central Park.

—Sí, suele suceder: las personas que viven cerca de sitios famosos son los que menos los frecuentan. Entonces… ¿le parece bien?

—Por supuesto. Digamos… dentro de una hora. Acudiría antes, pero me ha pillado usted en el baño.

—Lo siento de veras. Si quiere retrasar el encuentro…

—Con una hora tengo tiempo de sobra. Hasta luego, señor Rush. Ah, dígame una cosa: ¿cómo lo identificaré?

—Yo la identificaré a usted, naturalmente. La conozco muy bien.

—Me parece que esta vez no le será fácil identificarme —sonrió un tanto secamente la señorita Montfort—. Será mejor que me diga cómo le identificaré *yo a usted*.

—Bueno, tengo sesenta y dos años, mido metro ochenta, cabellos grises, ojos oscuros, y llevo un traje marrón oscuro. Le aseguro que no es ninguna trampa… Puede usted preguntar por mí a nuestra empresa.

—No se me había ocurrido. Hasta luego.

Brigitte colgó, estuvo pensativa unos segundos, y luego marcó el número de la floristería donde Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, tenía su secreto cuartel general desde hacía muchos años. Casi tantos como ella llevaba al servicio de la CIA con el nombre más temido y admirado en el espionaje mundial: agente «Baby». Tal como esperaba, quien respondió a la llamada telefónica no fue el propio Pitzer, sino su ayudante tanto en labores de florista como de espionaje, el simpático Simón.

Tras las bromas de siempre, Brigitte le pasó la conversación

sostenida con el tal Carpenter Rush, y Simón le aseguró que, naturalmente, se iba a encargar de llamar inmediatamente a la Central para recabar datos sobre al sujeto en cuestión.

—Y no se le ocurra acudir a la cita antes de que yo le consiga esa información —recalcó Simón—. Si ese sujeto se ha de esperar, que se espere, lo mismo una hora que veinte. Y en cualquier caso, enviaré a Central Park a unos cuantos muchachos para que la respalden si sucede algo raro.

—No enviará usted a nadie. Y además, quiero esa información, no dentro de veinte horas, ni de diez horas, ni siquiera dentro de una hora y diez minutos: la quiero *ahora*.

—Caray.

Brigitte colgó, sonriente, y dio por terminado su baño, procediendo a ducharse con agua fría para retirar la espuma de gel de su bellísimo cuerpo. Apenas media hora más tarde, cuando estaba terminando de vestirse en el dormitorio, oyó dentro del amplísimo armario el suave zumbido de la radio secreta que la conectaba directamente con Charles Alan Pitzer en la floristería. Atendió la llamada, y sonrió al escuchar la voz del propio Pitzer:

—Todo está bien —dijo Pitzer—. O debería estarlo: Carpenter Rush es uno de nuestros mejores veteranos, actualmente retirado. Un hombre de gran valía, integridad y honradez. Se retiró a los sesenta años. La descripción que le ha dado a usted es la correcta.

—Gracias, tío Charlie.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Le sabré cuando habla con Rush.

—De acuerdo. Pero déjame que le envíe allá aunque sólo sea un par de muchachos.

—Sé cuidarme sola. Le llamaré cuando sapa algo.

Cinco minutos más tarde, Brigitte abandonaba su formidable apartamento en el piso veintisiete del Crystal Building, en la Quinta Avenida, efectivamente frente a Central Park. Se metió en su coche, salió a la avenida, y circuló por Manhattan hasta llegar al otro lado de Central Park. Aquí entró en un estacionamiento subterráneo que conocía muy bien, descendiendo a la última planta, donde apenas había automóviles. Sin salir del suyo, procedió a cambiar su aspecto por el de una venerable anciana de unos aparentes setenta años, y, ya caracterizada, salió del coche, con su maletín rojo con florecillas

azules estampadas, pero cubierto ahora con un forro de raso negro. Cerró el coche, fue al ascensor, y subió a la planta a nivel de la calle.

Faltaban cinco minutos para que se cumpliera la hora de la cita cuando la anciana hacía su entrada en Central Park por el lado de la Octava Avenida, justo frente a la West 96th Street, es decir, que pronto se encontró ante las pistas de tenis. No tardó ni tres minutos en localizar al hombre llamado Carpenter Rush, cuya descripción era exacta y acertada. De modo que aquel era un agente de la CIA retirado, una de esas raras aves que conseguían sobrevivir a la profesión más peligrosa del mundo. Mucho tenía que valer el señor Rush para haber permanecido en la CIA nada menos que hasta los sesenta años.

Brigitte adoptó su encantador paso de anciana, y pasó junto a Rush, murmurando:

—Sentémonos, señor Rush.

El ex agente de la CIA demostró su profesionalidad a plena satisfacción de Brigitte Baby Montfort: no sólo no mostró sorpresa alguna, sino que ni siquiera la miró. La dejó pasar, encendió un cigarrillo, y con toda naturalidad fue a sentarse al banco elegido por la anciana, junto a ésta.

—No sé si éste es su mejor disfraz —dijo Rush—, pero seguramente es el más simpático.

—Es usted muy amable. ¿De qué se trata, señor Rush?

—¿Le molestaría llamarme Simón? Nunca tuve la suerte de trabajar con usted, pero puesto que las circunstancias han propiciado este encuentro me gustaría oírme llamar Simón por Baby antes de morir.

La anciana había vuelto la cabeza hacia él, y le observaba directa y atentamente, con escrutadora fijeza. Rush era un hombre atlético, y todavía conservaba esta condición sólida y sana. Tenía el aspecto de una persona que pedía llegar a centenaria.

—Señor Rush —susurró Baby—, me atrevo a suponer que este encuentro no ha sido provocado por usted para satisfacer ahora, ya jubilado, un deseo que no pudo lograr cuando se hallaba en activo.

—Por supuesto que no.

—Entonces dígame usted de qué se trata, y yo decidiré si le llamo o no le llamo Simón.

—¿No confía en mí?

—Más bien sí —admitió Brigitte—, pero no acabo de comprender que usted recurra a mí directamente cuando muy bien podría haber ido a Langley a exponer el asunto, sea cual sea.

—Bueno, no… No podía ir a la Central, de veras. Verá usted, nosotros estamos llevando este asunto con todo el sigilo…

—¿Quiénes son «nosotros»?

—El general Ronald Kimsaid y yo.

—¿El general Kimsaid? Él también está ya retirado, ¿no?

—Sí, en efecto. Y el coronel Hughes también está retirado.

—No conozco al coronel Hughes.

—Me temo que tendrá que conocerlo, pues el favor que voy a pedirle es respecto a él. Hughes fue quien buscó al general Kimsaid para hacerle la proposición. Inmediatamente, y sin que el coronel Hughes se enterase, el general me llamó a mí. Somos viejos amigos. Cuando me contó lo que le había propuesto el coronel Hughes no pude contenerme, y le dije que el general Hughes estaba loco. Como fuese, el general me pidió que realizase unas investigaciones discretísimas, y que cuando tuviera resultados nos reuniésemos para tratar de encontrar una solución.

—Una solución… ¿a qué?

—A los planes que Hughes le propuso al general Kimsaid.

—¿Qué planes?

—Invadir Washington.

—¿Qué? —Se pasmó Brigitte.

—Invadir militarmente la ciudad de Washington. El coronel Hughes dijo que puede llegar a disponer, para esa invasión, de más de trescientos mil hombres.

—Pero… ¿de qué está usted hablando? —exclamó Brigitte.

—Sí, ya sé que parece cosa de locos. Invadir Washington, y naturalmente, ocupar la Casa Blanca. Una vez ocupada la Cas…

La cabeza de Carpenter Rush estalló.

Estalló.

Ante los atónitos ojos de la anciana toda la cabeza se convirtió de pronto, brutalmente, en un estallido de sangre, cabellos y masa encefálica, todo lo cual la salpicó profusamente, mientras el casi descabezado cuerpo del ex-espía era empujado violentamente contra el respaldo del banco para rebotar allí y caer de bruces al

suelo, dejando en el aire una pincelada, un arco de sangre espeluznante.

Para entonces, con agilidad ciertamente impropia de su senil aspecto, la agente Baby había efectuado un acrobático salto que la llevó al otro lado del banco, donde se encogió, buscando protección tras el respaldo El siguiente balazo acertó, precisamente, en el borde del respaldo, arrancando un buen trozo como en feroz dentellada de bestia gigantesca. No se oía ningún estampido, nada que anunciase la presencia de uno a varios tiradores. En cambio, comenzaban a oírse los gritos de la gente que paseaban tranquilamente por Central Park en la otoñal mañana.

Hubo otro disparo, que pasó entre el respaldo y el asiento del banco, casi tocando una pierna de Brigitte. Ésta volvió a saltar, más hacia atrás, desapareciendo velozmente entre unos arbustos.

En su rápida reacción había dejado el maletín sobre al banco, y cuando se asomó para calcular la distancia y las posibilidades de recurrir a él para extraer su pistola, vio al hombre que corría por un lado de las pistas de tenis, empuñando un enorme rifle y provocando un tremendo pánico en todos los presentes, la mayoría de los cuales se tiraba al suelo.

Brigitte salió de entre los arbustos, llegó con un par de saltos al banco, sacó la pistola del maletín, y apuntó al hombre, que estaba a más de setenta metros…

Una vez más el instinto le salvó la vida.

Estaba todavía inmersa en la duda de si debía disparar o no, pues la distancia era excesiva para su pequeña pistola de cachas de madreperla, cuando de entre unos arbustos situados a menos de veinte metros apareció el otro hombre, asimismo empuñando un formidable rifle.

La anciana no titubeó ni un instante. Desvió su mano armada, y disparó. Plof. A escasos veinte metros la bala alcanzó su objetivo, es decir, la zona mortal del otro del hombre: le reventó el ojo izquierdo y se alojó en su cerebro, matándolo en el acto.

Brigitte ni siquiera se disgustó consigo misma por esta muerte, como le ocurría cada vez con más frecuencia. Hubiese preferido no matar al hombre, incluso por conveniencia, a fin de obtener de él información, pero sabía que aquel sujeto, con el otro, le habían tendido la trampa de aparecer uno de ellos huyendo para hacerla

salir de su escondrijo y que el otro la matase. Así pues, ni remordimientos ni nada parecido: su vida valía más que cualquier otra cosa.

Por un momento tuvo la esperanza de que Pitzer no hubiese hecho caso de sus deseos y hubiera enviado allí a dos jóvenes agentes de la CIA, pero no era así, y el sujeto que había aparecido corriendo no se complicó más la vida: continuó corriendo. Y Brigitte comprendió que sería inútil tratar de alcanzarlo, pues el hombre debía de tener bien preparada la huida…, y, además, quizás había algún otro compañero suyo dispuesto a acribillarla en cuanto ella se pusiera a tiro.

Pero esperar que la agente Baby se pusiera voluntariamente a tiro pasaba de optimismo: era una necedad. Apenas un minuto más tarde aparecían corriendo dos policías uniformados, uno de los cuales examinó al hombre del ojo reventado y el otro al infortunado ex espía. Todavía llegó otro más, que comenzó a hacer preguntas a la gente que ahora acudía, ya sin temor, impulsados por el morbo. No faltó quien explicase a los policías que al hombre más joven lo había matado «una vieja terrible», pero, ciertamente, la anciana en cuestión no pudo ser hallada en Central Park.

Capítulo II

La señorita Montfort abrió los ojos cuando comenzó a oír el rumor del helicóptero acercándose. Se sentó sobre la toalla extendida en la cubierta del yate, y buscó con la mirada el aparato; pero el sol era tan cegador que no pudo localizarlo. Entonces miró a los dos agentes de la CIA que, sentados en sendas extensibles, la contemplaban maravillados. Y no sólo porque Brigitte estuviese completamente desnuda tomando el sol, ni porque su belleza fuese impresionante, sino porque era ella, Baby, quien estaba ante sus ojos. ¿Quién les había de decir a ellos que alguna vez harían la guardia de corps para su admiradísima Baby?

Ésta sonrió a les dos encantados Simones, y volvió la cabeza para observar a un tercer agente, que salía del interior del yate en aquel momento.

—Son ellos —dijo el espía, señalando hada el oeste—… Estarán aquí enseguida. Acaban de identificarse por radio.

—Gracias.

Brigitte se puso en pie, ofreciendo toda la espectacular belleza de su cuerpo, sin provocación ni turbación, con toda naturalidad. Se puso un encantador albornoz azul, y fue a sentarse en una extensible. Uno de los Simones le tendió un cigarrillo encendido, que ella aceptó con una sonrisa capaz de matar de puro gusto.

El helicóptero se hizo pronto visible, volando sobre el refulgente mar azul, a unas treinta millas de la costa estadounidense y a la altura de la ciudad de Washington. Sol, tranquilidad, sosiego… El lugar era ideal para una cita discreta y agradable. Y, en cualquier caso, puesto que la agente Baby había pedido a la CIA un yate para utilizarlo para aquella cita, la CIA le había proporcionado un yate. Faltaría más.

Un yate hermoso, grande y veloz, sobre cuya amplia cubierta de popa se posó el helicóptero el tiempo justo para que dos hombres se

apeasen rápidamente. Enseguida, el helicóptero reemprendió el vuelo, alejándose. Los dos hombres, ambos ya mayores, quizá de unos sesenta y cinco años, se acercaron a donde la señorita Montfort, sentada al sol, fumaba y les contemplaba plácidamente.

—Hola, ¿qué tal? —saludó—. ¿Han tenido buen viaje, tío Charlie?

—Desde luego. Ha sido como un paseo. Bueno, usted ya conoce al general Kimsaid, querida.

—Desde luego —sonrió Brigitte al otro recién llegado—… El general y yo nos hemos visto más de una vez y más de diez en diferentes recepciones en Washington. ¿Cómo está, general?

—Bien, gracias. Encantado de verla de nuevo. Y sorprendido.

—Lo comprendo. No todos los días se entera uno de que la cándida amiguita de recepciones es una espía de cuidado, ¿verdad? Por favor, siéntense. ¿Les apetece un refresco?

—La verdad es que sí —sonrió el general Ronald Kimsaid—… Hace un tiempo espléndido, incluso caluroso. ¿Estaba usted nadando, quizá?

—Nadé un poco, y luego tomé el sol. Hace ya tiempo que llegué a la conclusión de que tomar el sol es uno de los auténticos placeres de la vida. Y una obligación del ser humano.

—¿Una obligación? —se sorprendió Kimsaid.

—Una obligación, puesto que nos mantiene jóvenes, guapos y satisfechos de la vida. Y no se me ocurre nada mejor para ser feliz, francamente.

Ronald Kimsaid sonrió de nuevo, observando con mal disimulado gesto expectante a la espía más famosa y peligrosa del mundo. Ésta, que había hecho una seña a uno de los Simones, dedicó de nuevo su atención al general, cuya actitud era incluso un tanto recelosa.

—Supongo, general —recuperó la palabra Brigitte—, que tío Charlie le ha puesto al corriente de la parte que nosotros conocemos del asunto, incluyendo nuestras investigaciones en torno al hombre que maté en Central Park, el tal Elmer Gribson, sujeto de interesante historial delincuente…, pero sin conexiones que nos permita conseguir ninguna pista importante.

—Sí, estoy al corriente de todo.

—Nosotros sabemos lo que Carpenter Rush me contó antes de

que lo asesinaran en Central Park…

—¿Cono ocurrió realmente? —murmuró Kimsaid.

—Me parece que él cometió algún fallo que lo delató como posible portador de peligro. Lo vigilaron, le vieron llamar por teléfono, y comprendieron que se iba a ver con alguien. Entonces, en lugar de matarlo, esperaron a ver con quién se entrevistaba, supongo que con el fin de valorar el peligro que podía representar para ellos. Cabe suponer que se desconcertaron cuando le vieron reunirse con una anciana que debieron de considerar inofensiva en lo personal, pero posiblemente peligrosa como enlace entre Rush y otras personas, presumiblemente la CIA. De nodo que no esperaron más, lo mataron a él, y me habrían matado también a mí si no hubiese reaccionado a tiempo. Luego…

Brigitte terminó de explicar prolijamente lo sucedido, para que el general Kimsaid se sintiera satisfecho al recibir la información de un modo tan directo y exacto. Mientras tanto, el agente de la CIA había reaparecido con refrescos, que sirvió en una mesita lacada en blanco. El yate navegaba ahora suavemente, dejando una franja de blanca espuma en el azul. La brisa marina era deliciosa.

—Lo que Carpenter Rush me contó parece muy claro —dijo Brigitte tras una pausa—: el coronel Delmer Delano Hughes le propuso a usted invadir la ciudad de Washington utilizando para ello trescientos mil hombres… ¿Lo entendí bien, general?

—Sí.

—Pero eso os absurdo —masculló Pitzer—. En primer lugar, desde lo ocurrido en Central Park nos hemos ocupado en conseguir la máxima información posible sobre el coronel Hughes, naturalmente, y sabemos que no es persona que goce de muchas simpatías, lo que dificultará encontrar apoyo importante para semejante operación. Usted mismo, general, se negó a aceptar esos planes. Y luego…, ¿de dónde demonios va a sacar trescientos mil hombres? ¿Y qué clase de hombres? Para tomar una ciudad militarmente hay que estar mínimamente disciplinado, y además contar con abundantes mandos intermedios capaces de interpretar las órdenes del alto mando y de hacerlas cumplir… Pero sobre todo: ¿de dónde va a sacar ese chiflado trescientos mil hombres?

—No lo sé —frunció el ceño Kimsaid—. Pero Delmer me habló de casi trescientos cincuenta mil hombres, que en breve tendría

instalados en posiciones de espera, todas ellas a menos de cien millas alrededor de Washington.

—¡Trescientos cincuenta mil! —bufó Pitzer—. ¡Bah! Mire, simplemente, para mí ese coronel está loco como una cabra.

—Yo no lo creo así —dijo firmemente Kimsaid.

—¿Qué quiere usted decir exactamente? —inquirió Brigitte.

—Ya supongo que ustedes han conseguido toda la información posible sobre el coronal Hughes, y sobre mí mismo, claro está. Pero permítanme que les hable de modo… personal y sencillo del coronel Hughes, con el cual he convivido muchos años e incluso lo he tenido a mis órdenes en más de una guerra, tanto física como logística, dirigida desde mi despacho del Pentágono. El coronel Hughes, que ahora tiene sesenta y seis años, sería ahora general, como yo mismo, si hubiera tenido otro carácter, otro modo de vivir y de tratar a las personas…

—¿Quiere usted decir que es una persona… desagradable?

—La verdad es que sí. Bueno, él es… irascible, desconsiderado, sarcástico, rencoroso. Como militar es un fenómeno, pero como persona es un desastre, nunca ha sabido hacerse querer prácticamente por nadie, incluyendo a su propia familia. En los últimos años la cosa empeoró, todo se convirtió en un círculo vicioso: como él era persona poco grata, no se le concedían ascensos ni privilegios personales, y como no se le concedían ascensos ni privilegios personales él era cada vez menos grato como persona.

—Comprendo. ¿Digamos que el coronel Hughes puede ser considerado un resentido?

—Absolutamente resentido. Mire, por su edad y méritos militares él tendría que haber alcanzado mi graduación, y se quedó en coronel. Yo sé que eso ha estado amargando los últimos años de su vida. Pero no se puede nombrar general a una persona poco grata que, en muchas ocasiones, ni siquiera sabe controlarse.

—Supongo que no —murmuró Brigitte—. Hay que tener un mínimo de cualidades y calidades para ser nombrado general. Pero usted ha dicho que como militar es un fenómeno… ¿Qué significa eso?

—Pues lo dicho; como militar es formidable, un gran estratega, un hombre de decisiones rápidas e inteligentes, un soldado de los pies a la cabeza, un hombre capaz da organizar cualquier batalla en

cuestión de minutos.

—¿Incluso una… batalla que implicase la invasión de Washington?

—Sí.

—Es decir, que usted cree que, en efecto, el coronel Hughes puede tomar la capital de la nación.

—Con trescientos cincuenta mil hombres, desde luego. Delmer haría eso en menos de un minuto. A menos, claro está, que la Casa Blanca ordenase al Pentágono que concentrase en Washington *más* de trescientos cincuenta mil hombres con armamento apropiado para sostener una defensa encarnizada.

Y aun así, yo aconsejaría que tuviesen mucho, muchísimo cuidado con la estrategia formidable y siempre sorprendente de Delmer Hughes.

—Eso podría significar una batalla en Washington, una auténtica masacre de soldados, ¿no es así?

—Sin la menor duda.

—Volvamos a lo de esos trescientos cincuenta mil hombres. ¿Cree usted que el coronel Hughes ha podido conseguirlos de algún modo, e incluso colocarlos en posiciones en cien millas alrededor de Washington?

—Me consta que Delmer, pase a su carácter, siempre ha tenido importantes partidarios, precisamente admiradores de su gran valía como militar, Digamos que no me sorprendería que hubiera conseguido un… Estado Mayor de un Ejército que él mismo hubiera organizado. Lo que no me atrevo a decir es si ese ejército es de trescientos cincuenta mil hombres. A mí me parecen demasiados, desde luego, pero les insisto en que como estratega Delmer es un número uno.

—Pero por muy buen estratega que sea… ¿cómo podría conseguir que pasaran desapercibidos en un radio de cien millas alrededor de Washington nada menos que trescientos cincuenta mil hombres con su correspondiente armamento y material de toda clase? Porque no creo que pretenda tomar Washington sin disponer de vehículos de transporte, sistema de avituallamiento, transporte de tropas, sistemas de comunicación, armamento pesado, carros de combate… ¡Oh, vamos, general, no es tan fácil manejar *trescientos cincuenta mil hombres*!

—Lo siento, no puedo decirle más —encogió los hombros Kimsaid.

—En resumen —le miró hoscamente Pitzer—: ¿usted cree posible que el coronel Hughes pueda llevar a cabo esa invasión de Washington?

—Si la decisión fuese mía —dijo lentamente el general— tomaría las medidas necesarias para hacer frente a esa posibilidad, y les aseguro que no desdeñaría ni un instante la capacidad de Delmer Delano Hughes.

Hubo un prolongado silencio, durante el cual cada uno estuvo sumido en sus pensamientos. Sólo se oía el rumor del mar contra el casco del yate, de motores casi silenciosos.

De pronto, Brigitte dijo:

—El coronel Hughes le propuso a usted que le ayudara en esa invasión, general. ¿Por qué?

—Porque somos amigos. Buenos amigos desde hace mucho tiempo.

—Pero esa amistad no le impidió a usted rechazar al coronel.

—Yo no rechacé al coronel Hughes, sino sus intenciones. De ninguna manera pienso hacer nada que signifique en modo alguno traición o insurrección, señorita Montfort.

—Claro. Debió de dolerle a usted mucho tener que negarle su ayuda al coronel. Y evidentemente, también le dolió que él tuviera esas intenciones…

—Por supuesto. Ambas cosas, sí.

—¿Por qué recurrió usted a Carpenter Rush?

—Quería que él investigara a ver qué descubría. Se me ocurrió que, de algún modo, quizá yo pudiera… detener a Delmer sin que nadie se enterase de la locura que había preparado. Con Carpenter también me unía una buena y vieja amistad, pero, incomprensiblemente, cuando él supo algo no vino a informarme de ello a mí, sino que la llamó a usted.

—Eso no resulta en modo alguno incomprensible —explicó Pitzer—… Cualquier agente de la CIA de cualquier parte del mundo recurriría a la agente Baby en determinados casos. Especialmente, cuando el asunto es tan peligroso, y sobre todo tan sucio que no se atreve a confiar en nadie…, salvo en Baby.

—¿Está usted diciendo que Carpenter Rush no quiso confiarme a

mí lo que había descubierto? —Gruñó Kimsaid.

—Evidentemente fue así, general. Él llamó a Brigitte, no a usted, que a fin de cuentas era quien le había metido en el asunto. Para nosotros eso es un claro indicio de que está preparándose algo… insólito, terrible… y sucio, siento tener que repetir esta palabra.

—La actitud de Rush implicaría incluso que no confiaba en mí, ¿no es eso?

—O que él creía que quien mejor podía resolver el asunto no era usted, sino Brigitte.

—Si Delmer ataca Washington con trescientos cincuenta mil hombres me permito dudar que la señorita Montfort esté capacitada para hacer frente a esa situación.

—General Kimsaid —sonrió la divina espía—, si el coronel Hughes comete semejante locura le aseguro que le cederé gustosamente el mando de la defensa de Washington…, sin que ello signifique que no me considere medianamente capacitada para dirigir personalmente esa defensa. Pero como en ningún caso pretendo desplazarlo a usted ni a cualquier otra persona, sea militar o civil de sus derechos o responsabilidades, demos por resuelta esa parte del asunto, y sigamos con él por otra… línea, que es la mía. Digamos una línea… menos técnica, más humana, más psicológica, y desde luego siempre más retorcida que una simple batalla a tiro limpio. Hablemos del coronel Hughes… Evidentemente él está ahora escondido en algún sitio donde sabe que nadie lo va a encontrar… ¿Se le ocurre a usted qué sitio puede ser ése?

—No.

—¿Ninguno en absoluto? ¿Ni siquiera quiere reflexionar sobre ello?

—Si Delmer no está en ninguno de los sitios más o menos habituales en él, no se me ocurre dónde puede estar. Lo siento.

—Como usted comprenderá —sonrió de nuevo Brigitte—, el coronel Hughes no está en ninguno de sus sitios habituales. Tenemos docenas de agentes buscándolo. Hemos realizado investigaciones a fondo, rastreos de toda clase, y el coronel Hughes no aparece. ¿De verdad no tiene usted ninguna idea sobre su posible paradero?

—Ninguna.

—Bien… Bien. Le supongo a usted lo bastante profesional para

que se haya interesado por la posible presencia de trescientos cincuenta mil hombres cercando Washington en un círculo a cien millas a la redonda. ¿Lo ha hecho usted, recurriendo a los servicies de información del Ejército?

—Por supuesto —mascullό Kimsaid—. Y no hemos encontrado el menor rastro ni incidente de la presencia de esos trescientos cincuenta mil hombres, ni de ninguna clase de material adecuado.

—Pero usted no se tomaría esto a broma, ¿verdad?

—Tratándose de Delmer, no. Hasta el punto de que, tal y como se han puesto las cosas, he pedido al señor Presidente que me reciba en la Casa Blanca, para explicarle la situación y rogarle que me permita tomar el mando de una eventual defensa. Quiero decir que ya no pretendo ocultar las intenciones de Delmer. No puedo hacerlo. Quizá le esté traicionando a él como amigo, pero creo que tengo deberes mucho más importantes, así que no puedo silenciar más esto.

—En cualquier caso —dijo amablemente Brigitte—, aunque usted insistiera en silenciarlo ya no sería posible mantener el secreto, puesto que Rush me informó a mí y yo, claro está, lo he comunicado a la CIA, la cual a su vez ha informado al señor Presidente.

—Sí, ya sé.

—Por lo general —dije Brigitte con maliciosa sonrisa—, no suelo simpatizar con la CIA, pero hay ocasiones en que no tengo más remedio que decirles todo lo que sé. Ésta es una de esas ocasiones. Y así, llegamos a una conclusión: usted hable con el señor Presidente y tome el mando de la posible defensa de Washington, y yo trabajaré por otro lado. ¿De acuerdo?

—No estoy seguro de que el Presidente me otorgue ese mando.

—¿Usted lo desea?

—La verdad es que sí. Eso aparte, soy el más indicado para contener a Delmer si realmente ataca.

—En tal caso tendrá usted el mando, general.

—¿Cómo lo sabe?

—Le sé porque acabo de concedérselo.

—¿Está bromeando?

—No se complique la vida, créame —dijo Pitzer—: si Brigitte dice que usted tendrá el mando es que así será.

—Pero eso lo ha de decidir el señor Presidente —insistió Kimsaid.

—Digamos —sonrió una vez más Brigitte— que el señor Presidente aceptaría mis sugerencias en ese sentido.

—No tengo más remedio que entender que es usted una persona mucho más importante de lo que parece —murmuró el general.

—Digamos que siempre me las he arreglado para tener los amigos adecuados en los sitios adecuados.

—Ya. Y digamos también que al conseguirme ese puesto usted ha conseguido mi amistad.

—Una amistad qué algún día será conveniente en un momento y lugar adecuados, general.

—De manera que usted vuela a tanta altura —susurró Kimsaid.

—Para volar bajo más vale quedarse en tierra. La emoción está en las alturas, ¿no le parece?

—La emoción y el peligro, señorita Montfort.

—Sí —asintió la divina—. Bien, general, me parece que los dos tenemos muchas cosas que hacer, así que llamaremos el helicóptero para que venga a recogerlo… ¿Qué le pasa? ¿No quiere dejar nuestra compañía?

Ronald Kimsaid había titubeado visiblemente, y ahora miraba con fijeza los bellísimos ojos azules de la espía internacional, que parecían talmente trozos de cielo.

—Delicias Arlington —murmuró.

—¿Qué? —Alzó las cejas Brigitte.

—Delicias Arlington. Es el nombre de una muchacha encantadora que vive en un lujoso apartamento en Cherry Avenue, en el centro de la ciudad de Canton, Ohio. El edificio es el número 62 exactamente.

—De acuerdo. Pero… ¿quién es Delicias Arlington?

—Usted me ha ayudado a mí, así que yo la ayudo a usted.

—Sí, ya he comprendido eso, pero insisto: ¿quién es esa persona?

—Hace tiempo que Delmer Hughes dejó de llevar una vida… regular de familia, y todavía más tiempo que vivía sin amor, ni tan siquiera con algo parecido al amor. Un día, hace de esto unos pocos meses conoció a Delicias Arlington. Poco después ella aceptó ser su amante, y él le puso un precioso apartamento en el cual la visitaba

con bastante frecuencia.

—¿Quiere decir que el coronel Hughes puede estar con esa chica?

—No, no lo oreo, ni mucho menos. Pero si alguien puede saber dónde está Delmer en estos momentos ese alguien sólo puede ser Delicias Arlington. Pensaba enviar a Carpenter Rush allá, pero…

—Usted encárguese de esa posible defensa, general —murmuró la espía—… Yo me las entenderé con la señorita Arlington.

Capítulo III

Nada más terminar el sepelio del veterano Carpenter Rush, cuyos restos quedaron en una discreta tumba en el cementerio de su pueblo natal en el estado de Arkansas, la señorita Montfort fue recogida por un automóvil, que la llevó adonde la estaba esperando un helicóptero.

—¿Qué ocurre? —se sorprendió Brigitte—. ¿Ya han encontrado a Delicias Arlington?

—Se está trabajando en ello a toda prisa —explicó el piloto, único ocupante del helicóptero—, pero tengo entendido que la urgencia no es debido a eso, sino a algo especial que ha ocurrido en la Central.

—Algo especial que usted no sabe qué es.

—Lo siento, no lo sé.

El helicóptero transportó a Brigitte hasta el aeropuerto de Little Rock, donde abordó un *jet* privado que la transportó al aeropuerto de Foster Dulles, donde fue recogida por otro helicóptero que la llevó a Langley, a la zona de césped de la Central de la CIA, donde dos jóvenes agentes la estaban esperando…

Era la hora del almuerzo cuando la agente Baby era introducida en una sala de reducidas dimensiones donde *Mr*. Cavanagh, jefe del Grupo de Acción de la CIA, tenía una terminal de ordenadores para su uso exclusivo, y que le permitía controlar a todos sus agentes repartidos por todo el mundo. Con Cavanagh había tres hombres más, dos de ellos ataviados con bata blanca, pero que no tenían en absoluto aspecto de médicos.

Brigitte besó en ambas mejillas a Cavanagh, que señaló su complejo de ordenadores.

—Va a ver algo interesante. Pero antes déjeme decirle que ya tenemos noticias sobre la muchacha llanada Delicias Arlington. Nuestros muchachos no han conseguido encontrarla, sin embargo.

Sencillamente, ella ha desaparecido.

—¿Tal vez la han matado? —murmuró Brigitte.

—No tenemos ni idea. Hemos investigado en el edificio donde el coronel Hughes le puso el apartamento, y, en efecto, allá la conocen. Ella no parece que se relacione con nadie en ese edificio, pero la conocen de vista, claro está. Es una muchacha alta, de cabellos rojos y ojos verdes, de unos veinticinco años. Según parece es una preciosidad.

—Cuando menos el coronel Hughes tiene buen gusto —sonrió Baby—. ¿Alguien del edificio ha dicho algo sobre las visitas del coronel a la muchacha?

—Nos han hablado de «un hombre maduro de aspecto corriente» que la visitaba con cierta frecuencia. Las descripciones conseguidas de ese hombre podrían adaptarse al coronel Hughes… si éste se pusiera una peluca y utilizara lentes oscuros.

—Oh, no —protestó Brigitte… ¡Un militar que se disfraza!

—Nada del otro mundo; una peluca y unos lentes. Seguramente, por simple discreción. Tenemos bastantes fotografías del coronel Hughes, y un informe completo y otro extractado para usted. ¿Buscamos a fondo a la señorita Arlington?

Brigitte reflexionó unos segundos antes de mover negativamente la cabeza.

—No —murmuró—… Yo atenderé personalmente esa parte del asunto.

Sobre una mesa estaba la carpeta que contenía la información sobre el insólito coronel Delmer Delano Hughes, y Brigitte la abrió y esparció las fotografías sobre la blanca superficie. El rostro del coronel Hughes se lo dijo todo: un hombre fuerte, de gran carácter, de facciones sólidas y adustas. Ojos oscuros, escaso cabello grisáceo que formaba como una coronita hacia la nuca. Boca grande, de labios delgados plegados en una dura mueca hostil.

Las fotografías no tenían más de dos años, es decir, eran de cuando el coronel acababa de cumplir los sesenta y uno. Alto, atlético, formidable, al coronel Hughes nada más le faltaba aquel rostro adusto y fuerte para resultar absolutamente impresionante.

Su historial era todavía más impresionante, pues dejando aparte las brusquedades propias de su carácter ingobernable era un militar de primer categoría, y el Pentágono había contado con él no sólo

para intervenir directamente en guerras y guerritas desde hacía casi cuarenta años, sino para forjar planes logísticos de toda clase.

—Cielo santo —murmuró Brigitte.

—Este hombre debe de haberse vuelto loco —sugirió Cavanagh.

—O le han hecho algo… que no le ha gustado.

—¿No nombrarle general?

Brigitte miró los oscuros ojos en la más ampliada de las fotografías del coronel Hughes, y negó con la cabeza.

—No, no ha sido eso.

—¿Qué se le ocurre a usted?

—No sé… Bien, dejemos esto, de momento. ¿Cuál es la cosa interesante que tiene para ofrecerme?

Cavanagh hizo una seña a los hombres que les habían estado observando en silencio, y luego señaló la pantalla del ordenador.

—Esta mañana hemos recibido un disquete, con una nota en la que nos indicaba que nos convenía reproducirlo inmediatamente. Lo hemos introducido en el ordenador, y vea lo que hemos obtenido.

Uno de los hombres accionó el ordenador, y en la verdosa pantalla apareció un texto:

COMUNICADO

POR SI ESE MALDITO TRAIDOR DE LA CIA NO TUVO TIEMPO DE INFORMARLES, SEPAN QUE EFECTIVAMENTE ESTOY PREPARANDO LA INVASIÓN DE WASHINGTON, PARA LO CUAL CUENTO CON CERCA DE 350 000 HOMBRES, QUE SERÁN DIRIGIDOS POR LA JOVEN OFICIALIDAD QUE COMPONE MI ESTADO MAYOR. MIENTRAS NUESTROS TRESCIENTOS CINCUENTA MIL SOLDADOS SE ESTÁN CONCENTRANDO MUY CERCA DE LA CAPITAL, NOSOTROS ESTAMOS PREPARANDO LOS ÚLTIMOS DETALLES DEL PLAN, LEJOS DE VUESTRAS SUCIAS MANOS Y VUESTRA CAPACIDAD DE ASESINATO. CUENTO CON LA FLOR Y NATA DE LOS EJÉRCITOS, Y NADA NI NADIE PODRÁ DETENER MI ENTRADA TRIUNFAL EN WASHINGTON Y POSTERIORMENTE EN LA CASA BLANCA, DESDE LA CUAL ME ENCARGARÉ DE TOMAR LAS DECISIONES SOBRE EL DESTINO DEL MUNDO. COPIAS

DE ESTE COMUNICADO HAN SIDO ENVIADAS A LA CASA BLANCA, EL PENTÁGONO, EL FBI, EL DEPARTAMENTO DE DEFENSA, Y OTROS ORGANISMOS RECTORES DE ALTO NIVEL. ESTÉN PREPARADOS PARA RENDIRSE INMEDIATAMENTE ANTE MI INMINENTE OFENSIVA O SER EXTERMINADOS.

FIRMADO: CORONEL DELMER DELANO HUGHES

—¿Sigue creyendo que ese tipo no está loco? —preguntó Cavanagh cuando Brigitte le miró.

—Para opinar definitivamente sobre eso tendría que conversar un rato con él, y me parece que de momento eso no va a ser posible. Tendremos que volver a la muchacha… El general Kimsaid dijo que no creía que Hughes se la hubiera llevado con él, pero quizá sí lo hizo, o sea, que si encontramos a la señorita Arlington encontraremos al coronel.

—Entonces… ¿les digo a los muchachos que la busquen a fondo?

Brigitte se quedó mirando el texto del «comunicado», que permanecía en la pantalla.

—Habrá que hacerlo —murmuró—… Pero antes de eso vamos a ver si yo tengo un golpe de mi habitual suerte y consigo localizarla sin armar demasiado alboroto. Necesito el medio más rápido para desplazarme cuanto antes a la ciudad de Canton, Ohio.

* * *

Debían de ser poco más de las cinco de la tarde cuando la alta, elegante y guapísima pelirroja de ojos verdes introdujo la ganzúa en la cerradura del lujoso apartamento, la giró, empujó la puerta, y entró, cerrando tras ella. Ciertamente, el edificio número sesenta y ocho de Cherry Avenue, en la ciudad de Canton. Ohio, era de alto nivel, y el apartamento estaba además amueblado sin reparar en gastos y con buen gusto.

Un encantador nidito de amor… que un coronel, un militar de la talla profesional de Delmer Delano Hughes y dotado de tan pésimo carácter, se había montado con una preciosidad llamada Delicias Arlington. Delicias. Hasta el nombre parecía de opereta, como todo en aquel asunto, empezando por la extraña conducta de Hughes y

terminando por la amenaza de aquellos trescientos cincuenta mil hombres…

La llamada a la puerta del apartamento impulsó a la pelirroja visitante a volver vivamente la cabeza. Acto seguido se apresuró a regresar sobre sus pasos, se detuvo ante la puerta, y miró por la mirilla gran angular. Vio el rostro de una mujer rubia.

—Soy yo, Delicias —oyó la voz femenina—: Patty.

La pelirroja retiró de su escote la pequeña pistola de cachas de madreperla, que escondió en el hueco de su mano izquierda, tras pasar por ésta el asa del maletín rojo con florecillas azules estampadas. Abrió la puerta. Ante ella, la bella muchacha rubia desconocida exclamó:

—¿Dónde has estado met…?

No dijo nada más. Se quedó calladita, contemplando atónita a la pelirroja, que le sonrió encantadoramente.

—Me parece que no nos conocemos —dijo—. ¿Quién es usted?

—¿Yo? —Respingó la rubia—. ¡Dígame primero quién es usted, y qué hace en el apartamento de Delicias! ¿Cómo ha podido entrar?

—Soy Dulce Arlington, hermana de Delicias —explicó la pelirroja—. Mi hermana me envió la llave del apartamento hace unas semanas, cuando supo que yo iba a pasar cerca de Canton en mi gira teatral. Quedamos en vernos por estas fechas, y aquí estoy. ¿Y usted quién es?

—Bueno, yo soy… la vecina de Delicias… Es que la he visto a usted apearse del taxi y entrar en el edificio, y me… me ha parecido que era Delicias… ¡Se parecen ustedes muchísimo!

—Eso suele suceder entre hermanas —sonrió Dulce Arlington—. Y hasta entre hermanos. E incluso entre padres e hijos, ¿comprende?

—Sí, sí. Yo… Oh, bueno… ¿Usted también busca a Delicias?

—No. Yo he venido porque ya habíamos quedado… ¿También? ¿Qué ha querido decir?

—Últimamente hay algunas personas que buscan a Delicias.

—¿Quiere decir que ella ya no está aquí, en este apartamento?

—Hace días que no la veo.

—Vaya… ¡Pues sí que ha tenido éxito mi viaje a Canton! Resulta que cuando yo vengo mi hermana se ha marchado… ¿Sabe adónde? Ya que he hecho el viaje me gustaría pasar con ella aunque sólo

fuese unas horas. ¡Hace siglos que no nos contamos nuestras cosas! ¿Dónde puedo encontrarla?

—La verdad es que no lo sé —replicó Patty—… Y eso mismo les dije a las personas que han estado buscando a Delicias estos días.

—¡No le habrá ocurrido algo malo a Delicias!

—No sé… Bueno, quizás ella… No sé.

—Me parece —entornó los ojos Dulce— que sí sabe algo. Y me parece bien que no se lo dijera a esas personas extrañas, demostrando así que es una buena amiga de Delicias, ¡pero a mí tiene que decírmelo!

La bella rubia Patty titubeaba visiblemente, pero el encanto de la pelirroja la estaba sometiendo insensiblemente.

—Quizá se complicaran las cosas, finalmente —murmuró—… Ya sabe que suele ocurrir en estos casos.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, Delicias tiene un amigo algo mayor, que venía por aquí de cuando en cuando, y quizás ese amigo se ha enterado de que ella tenía a su vez otro amigo… ¿Comprende? Quizá se ha enfadado mucho y se ha llevado a Delicias, o le ha dicho que se fuese de *su* apartamento… Los hombres no son precisamente delicados cuando se les engaña. ¿Comprende?

—Espero que sí —asintió Dulce—. Mi hermana tiene un amigo maduro y un amigo joven. El maduro es el dueño de este apartamento, y quizá se ha enterado de que Delicias tiene ese otro amigo joven y se ha enfadado, exigiéndole que abandone el apartamento.

—O puede que se la haya llevado a otro sitio, para apartarla del joven.

—Ya. Pero usted no sabe adónde pueden haber ido Delicias y el… amigo mayor.

—No, en absoluto.

—¿Y el amigo joven? Quizá él sepa algo… ¿Dónde puedo encontrarlo, cómo se llama?

—Creo que se llama Steve, pero no sé exactamente dónde vive. Por una conversación que oí una vez a través del tabique entiendo que vive en Wertz Avenue, pero no sé el número… Oiga, no crea que me dedico a escuchar a través de las paredes…

—Claro que no —sonrió Dulce—, lo que ocurre es que los

tabiques a veces son tan delgados que se pueda oír, incluso sin querer, lo que sucede en el apartamento contiguo.

—Exactamente. Bueno, ¿sabe?, había una gran diferencia de… ambiente en este apartamento cuando en lugar del viejo venía Steve. Usted me comprende, todo era más… vital.

—Sí, comprendo. ¿No sabe el apellido de ese hombre joven?

—No.

—¿Cómo es él? ¿Alto, bajo, rubio, moreno…?

—¡Ufff! —Puso los ojos en blanco Patty—. ¡Es una hermosa bestia rubia, así de alto y más guapo que Dios!

—Caray —sonrió Dulce—… ¡Me alegro por mi hermana! Me pregunto si ella no se habrá ido con él… Claro que en ese caso me habría dejado una nota, ya que es imposible localizarme, pues siempre estoy viajando por todo el país… Podríamos echar un vistazo por ahí, a ver si encontramos la nota.

—Bueno, yo no quisiera meterme en lo que no me importa…

—Calla, mujer, calla —le dio Dulce un cariñoso cachetito—… Vas a ayudarme, eso es todo. Podríamos tomar un trago, ¿qué te parece?

—Bueno, ya que eres tan amable… Con tu hermana también me entendía muy bien. Yo trabajé en un local que…

A las siete de la tarde, la pelirroja señorita Dulce Arlington abandonaba el apartamento de Delicias Arlington, dejando atrás una simpática amiga a la que había sonsacado todo cuanto había querido, incluso pequeñas cosas que la propia Patty tenía olvidadas en algún rincón de su cerebro. Por ejemplo, aunque de ninguna manera pudo informar a Dulce del apellido del tal Steve, el guapísimo, ni del número donde vivía en Wertz Avenue, sí recordó de pronto, en determinado momento, que Steve y Delicias habían mencionado un lugar llamado Honey Bar, precisamente ubicado en Wertz Avenue…

A las ocho y media, la señorita Dulce Arlington no sólo había localizado el Honey Bar, sino que había tomado en éste un par de copas de champán, había enamorado a los dos camareros, y se había enterado de que, en efecto, su guapa «hermana» y el bello Steve se encontraban allí con alguna frecuencia. Y no sólo esto, sino que el tal Steve tenía un apartamento en el edificio número 330 o parecido de aquella misma calle.

A las nueve, la señorita Dulce Arlington sabía que el número exacto donde vivía Steve era el 336, y que su nombre completo era Steve Doneman, lo cual constaba en el buzón para correspondencia colocado en el vestíbulo, mezclado con los demás inquilinos del edificio.

A las nueve y dos minutos Dulce utilizaba de nuevo la ganzúa, con su mágica habilidad, y en cuestión de segundos la puerta quedaba abierta. Entró, cerró tras ella, encendió la luz, y se quedó inmóvil escuchando aquel total silencio que ya había percibido a través de la puerta antes de decidirse a abrirla.

Por fin, lentamente, Dulce se fue adentrando en el apartamento. Y fue así como encontró a Steve Doneman. Mejor dicho: lo que quedaba de Steve Doneman.

* * *

—Para hacer esto con una persona hay que tener una mala leche de muerte —masculló Simón—… Y yo diría más: hay que odiar a la víctima. De otro modo no podría explicármelo.

La pelirroja Dulce Arlington asintió en silencio. Recordaba el aspecto de Steve Doneman como si lo estuviese viendo de nuevo: lo había encontrado desnudo, con la cabeza convertida en un pegote de sangre, colgado por un pie de una lámpara, y con el vientre abierto, de modo que los intestinos colgaban a punto de caer al suelo sobre el enorme charco de sangre. Le habían reventado a golpes los ojos, y le habían cortado los testículos, que luego le habían metido en la boca, cuyos dientes habían sido rotos como a martillazos…

Era algo tan espantosamente inhumano y cruel que Dulce todavía se preguntaba cómo habían conseguido no vomitar hasta morir allí mismo. Y eso que la pelirroja Dulce había visto cosas desagradables en su vida… Pero pocas como aquélla. En cuanto se serenó recurrió al teléfono para llamar a cierto número de Langley, donde un tal *Mr.* Cavanagh la atendió y le dijo que utilizaría la radio para pasar unas órdenes a unos muchachos de Cleveland que acudirían para ponerse a sus órdenes. Apenas una hora más tarde, tras recorrer a toda velocidad las apenas cincuenta millas que separan Cleveland de Canton, cuatro agentes de la CIA llegaban al

apartamento y se ponían a disposición de la pelirroja Dulce Arlington, la falsa hermana de Delicias Arlington.

—¿Quién puede haber hecho una cosa así? —preguntó por fin Dulce.

—Una mala bestia.

—¿Podría ser la venganza de un hombre al que este otro le humillaba acostándose con su amante?

—Puede ser cualquier cosa. Pero esto no lo ha hecho una persona digamos… normal. Para entendernos: esto sólo ha podido hacerlo un profesional de la mala leche. Un asesino sádico. Gente así. Ahora bien, que ese asesino sádico fuese o no el cornudo es algo que no puedo saber.

—Está bien.

—El cornudo pudo enviar a alguien que le diese una buena lección al joven y guapo que se le estaba comiendo el pastel, ¿comprende?

—Sí, comprendo. Gracias. ¿Se ocuparán ustedes de todo?

—Pierda cuidado. Si quiere marcharse puede hacerlo… Naturalmente estamos encantados de tenerla cerca de nosotros, Baby, pero éste no es un sitio precisamente agradable, en estos momentos.

—No, no lo es. Y la verdad es que sí, que prefiero marcharme… Gracias por todo, Simón.

—Para todos nosotros ha sido el premio de nuestras vidas trabajar con usted —murmuró Simón-Cleveland—…, aunque la verdad, tengo la impresión de que una cosa como la que ha ocurrido aquí no tiene mucho que ver con el espionaje.

—Yo no estaría tan segura. Adiós.

Dulce Arlington salió del apartamento, al que los cuatro agentes de la CIA habían llegado tan discretamente que nadie se había enterado. Bajó a la calle, fue a donde había estacionado el automóvil alquilado, y se metió dentro. Se quitó la peluca roja y las lentillas de contacto de tono verdoso, lo guardó todo en el maletín, y de éste tomó un cigarrillo, que encendió parsimoniosamente.

Caía una lluvia lenta, suave y armoniosa en Canton, Ohio. En una de las jugarretas de la mente, Brigitte Montfort se preguntó qué tiempo debía de hacer en aquel mismo instante en Canton, China. Curioso: Canton, Ohio, y Canton, China.

Se dio cuenta de que se estaba distrayendo, de que estaba dejando divagar la mente… Reaccionó, y del maletín tomó el telegrama que había encontrado en la mesita de noche del dormitorio de Steve Doneman. El destinatario del telegrama era el propio Steve Doneman, y el texto era el siguiente:

CONFIRMADA RESERVA *SUITE* DÍAS CONVENIDOS

ATENTOS SALUDOS

DRAKE HOTEL

El telegrama había sido enviado desde Nassau, en la isla Nueva Providencia, de las Bahamas.

Capítulo IV

El *jet* aterrizó en el aeropuerto de Oakes Field, muy cerca de Nassau, y la señorita Montfort descendió mezclada entre los demás pasajeros del vuelo a la isla del sol y de las playas rosadas.

Muy poco después, cuando abandonaba el edificio portando personalmente una sola maleta y, por supuesto, el maletín rojo con florecillas azules estampadas, se le acercó un sujeto alto y atlético con cara de pocos amigos, pero que miraba a la turista norteamericana como si estuviese viendo por lo menos a Mary Poppins volando con su paraguas.

—Perdone —dijo el sujeto—… Me llamó Simón.

—¿Y eso qué puede importarme a mí, joven? —replicó Brigitte, conteniendo una sonrisa.

—Me parece que me he equivocado. Disculpe.

—¿Busca a alguien?

—Disculpe. Buenos días.

—Pero bueno: ¿es que no sabe usted distinguir una broma?

—¿Qué quiere decir?

—Que sí, que muy bien, que si usted se llana Simón yo soy Baby,

—Ah… ¡Ya me parecía a mí!

Brigitte soltó un gracioso resoplido, y tendió su maleta a Simón, que se apresuró a hacerse cargo de ella. La condujo al estacionamiento, donde al volante de un deportivo rojo de dos puertas esperaba otro agente de la CIA, que se apresuró a apearse para bajarle el asiento y que Brigitte entrase al asiento de atrás.

—¿Y usted cómo se llama? —preguntó la divina espía.

—¿Yo? Simón II.

—De acuerdo. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Tenemos algunas noticias para usted.

—Estupendo.

Simón I puso la maleta de Brigitte en el asiento contiguo al del conductor, y él se sentó junto a Brigitte. Simón II se sentó de nuevo ante el volante, dio el encendido, y partieron.

Simón I dijo:

—Le hemos alquilado un estupendo *bungalow* junto al mar; cerca de Browns Point, es decir, bastante cerca del Drake Hotel, y cuando nos separemos le dejaremos este coche a su disposición. Cualquier cosa que precise sólo tiene que pedírnosla utilizando la radio.

—Servicio perfecto —sonrió Brigitte—. ¿Sabemos algo de Steve Doneman?

—A Steve Doneman le esperaban ayer en el Drake Hotel, donde él mismo había pedido una *suite* por teléfono, rogando que le contestaran telegráficamente, pues no paraba mucho en su apartamento de Canton.

—Bien. ¿Hay alguien vigilando el hotel?

—Desde luego. Además de nosotros dos hay en este momento otros dos agentes destinados a apoyarla en lo que haga falta, y mientras tanto nos hemos estado turnando vigilando el hotel, por si aparece alguien en busca de Doneman. En estos momentos Simón III y Simón IV están vigilando allá… Pero si mataron a ese Doneman no creo que nadie venga a buscarlo.

—Los que lo mataron, no. Pero si él iba a venir a Nassau no era para ver a esa gente, sino a alguien que sí aparecerá a buscarlo.

—¿Usted está segura de eso?

—Segura, no. Pero a veces incluso en espionaje las cosas tienen un mínimo de lógica. Fíjense bien: Delicias Arlington desaparece, y Steve Doneman adquiere una *suite* en Nassau… ¿Esto no les sugiere nada, considerando que Doneman y la pelirroja señorita Arlington eran amantes por amor engañando al amante por dinero de ella?

—¿Que Doneman iba a venir aquí para reunirse con Delicias Arlington?

—Podría ser.

—Pues ya hace veinticuatro horas que él tenía que estar aquí, y ella no ha hecho acto de presencia en el Drake Hotel.

—Quizá no haya podido escapar todavía de la compañía del amante por dinero. O quizá le esté telefoneando al hotel, y al saber que aún no ha llegado no se molesta en acudir a la cita. Si es esto último, acabará por ponerse nerviosa, y acudirá personalmente al

hotel, sea como sea.

—¿No sería más práctico que Steve Doneman llegase al hotel? Cualquiera de nosotros podría adoptar esa personalidad el tiempo necesario para que cuando ella llamase le dijeran que sí, que por fin había llegado.

—¿Y si ella pedía hablar con Doneman? ¿Podría alguno de ustedes simular su voz, convencerla *a ella* de que era Steve Doneman?

—Me parece que eso no sería posible.

—Entonces, todo lo que tenemos que hacer es seguir esperando, a ver si realmente ella se pone nerviosa, se impacienta, y acude al hotel… ¿Qué más noticias tienen para mí?

—Las averiguaciones cerca de la familia del coronel Hughes no han dado por el momento ningún resultado: nadie de la familia sabe dónde puede estar ahora.

—Él está en Nassau —dijo firmemente Brigitte—… O por lo menos en la isla. ¿Qué más?

—La Central ha designado una gran cantidad de hombres, tal como usted ordenó, para rastrillar todo el terreno en cien millas alrededor de Washington, y no hay el menor rastro de esos trescientos cincuenta mil hombres, ni de material bélico o tan siquiera ofensivo en plan particular de ninguna clase. Siguen buscando, pero el comentario general es que esos trescientos cincuenta mil hombres o son fantasmas o son gnomos. La verdad es que trescientos cincuenta mil hombres con sus pertrechos personales y todo el aparato militar que ello implica no podrían permanecer ocultos.

—¿Qué más?

—Es respecto a las huellas encontradas en el apartamento de Steve Doneman. Se han encontrado algunas que corresponden a Elmer Gribson.

—Ajá… ¡Uno de los que mataron a Carpenter Rush en Central Park, y que luego quisieron matarme a mí!

—Y que usted se cargó —sonrió Simón I.

—O sea, que casi podemos dar por cierto que antes de acudir a Nueva York para liquidar a Rush, el tal Gribson y su amigo estuvieron en el apartamento de Doneman, donde le hicieron pasar muy mal rato antes de matarlo… Todo va encajando.

—¿Sí?

—Claro. El coronel Hughes se enfada con Delicias y con su joven amante, Steve Doneman. A ella se la lleva con él, y a él ordena que lo asesinen dándole una buena lección por haber estado gozando de su amiguita. Pero antes de partir, ella consigue avisar a Steve del lugar al que se dirige, y convienen en que él acudirá también a Nassau, instalándose en el Drake Hotel, para seguir amándose aquí. Claro, ninguno de los dos sabe que el coronel Hughes ya ha dictado la sentencia de muerte de Doneman.

—Y por lo tanto, ella acudirá tarde o temprano, impaciente, al Drake Hotel.

—Esperemos que sea así, porque de lo contrario nadie tiene ni la menor idea de dónde puede estar el coronel Hughes… preparando sus planes para la invasión de Washington.

—¡Qué majadería! —exclamó Simón II—. ¡Invadir Washington!

—Tengo la impresión —murmuró Baby— de que de un modo u otro el coronel Hughes no está bromeando, y que piensa realmente y seriamente invadir la capital.

—Eso es imposible.

Brigitte encogió los hombros, y se quedó mirando el soleado paisaje. De la lluvia de Ohio al sol resplandeciente de las Bahamas. Así era su vida: de lo más bueno a lo más malo. Conocía gente angelical y conocía malvados sin entrañas. Hoy estaba en un lugar soleado y quizá mañana mismo estuviera en un lugar nevado y bajo un cielo gris. Hoy veía palmeras, y quizá mañana viera altos y sombríos abetos… En cualquier caso, el sol y las nubes, las palmeras y los abetos, formaban parte indiscutible de la vida. Pero… ¿formaba parte de la Vida la Maldad? Al parecer, así era. Después de tantos años de esfuerzos persiguiendo el Mal, la espía había llegado a la descorazonadora conclusión de que todo era inútil, de que el Mal formaba parte de la Humanidad…, o al menos de una parte de la Humanidad. Y una parte muy numerosa. ¿Era el coronel Hughes uno de estos malvados… o simplemente un pobre loco resentido y amargado por sentirse fracasado en la vida? Captó de súbito que algo extraño sucedía a su alrededor, y abandonó en el acto el mundo de sus pensamientos. Simón I y Simón II la estaban mirando fijamente, expectantes, el segundo vuelto en el asiento. Brigitte parpadeó.

Como fondo veía el hermosísimo mar, azul y blanco, y palmeras que se recortaban en un cielo diáfano. En aquel ambiente, en aquel paisaje, había un *bungalow* amplio y rodeado de un encantador jardín atiborrado de flores.

—No me lo digan —sonrió de pronto la divina—: hemos llegado a mi *bungalow*.

—Dejamos antes un coche muy cerca de aquí, para regresar al centro de Nassau —dijo Simón I—… Si no quiere nada más será mejor que volvamos allá.

—Por el momento espero poder arreglármelas sola, gracias. ¿Puedo llamarles por la radio en cualquier momento o les resultaría comprometido y prefieren ser ustedes quienes me llamen periódicamente para ir informándome?

—La iremos informando periódicamente —sonrió Simón II—. Pero usted puede llamarnos siempre que quiera, de día o de noche. Todo lo que actualmente tenemos nosotros que hacer con nuestras vidas es obedecerla y complacerla a usted.

—Zambomba —sonrió Baby.

Salió del coche, se introdujo dentro de nuevo ocupando el sitio dejado vacante por Simón II ante el volante, y condujo hasta dejar el coche delante del *bungalow*. Una hora más tarde, cuando ya estaba perfectamente instalada, y se había duchado y hasta había tomado una copa de champán como aperitivo, se dijo que no sería ella quien se pasara allí el tiempo muerto esperando que los demás hicieran el trabajo.

¿Qué tal si adoptaba uno cualquiera de sus disfraces y se iba al Drake Hotel a ver si con un poco de suerte la señorita Delicias Arlington aparecía aquella tarde en busca de su amado Steve Doneman?

* * *

Delicias Arlington apareció aquella tarde en el Drake Hotel. Y de este modo Brigitte se convenció una vez más de que ella, simplemente, tenía suerte. Era una predestinada al éxito, y contra esto no se podía luchar, del mismo modo que no se podía luchar contra la predestinación al fracaso. Algunas personas triunfan en todo con gran facilidad, mientras que otras, incluso con más

méritos, jamás consiguen ningún éxito que valga la pena.

La vida.

La bella pelirroja cruzó al vestíbulo del Drake Hotel, directa hacia conserjería, donde preguntó al empleado de turno, evidentemente algo nerviosa. El empleado negó. Delicias Arlington insistió…

Sentada en uno de los sillones del vestíbulo marino del Drake Hotel, con vistas al mar, Brigitte contemplaba disimuladamente a la pelirroja. Sí, ciertamente, el coronel Hughes tenía muy buen gusto, pues la señorita Arlington era casi tan hermosa como la propia Brigitte Montfort. Sobre todo en aquellos momentos, en que Brigitte había adoptado el disfraz de mujermacho, como ella misma decía: una peluca corta y áspera, ropas masculinas incluidos pantalones, claro está, y unos zapatones de gruesa suela y tacón sólido y casi completamente bajo; unas lentes oscuras ocultaban lo único que habría causado auténtico pasmo en cualquiera: los bellísimos y grandiosos ojos azules que no encajaban con el resto del aspecto de la sólida mujerona que parecía leer un periódico… y que seguía sin perder de vista a la encantadora pelirroja llamada Delicias Arlington.

Ésta todavía había insistido un poco más con el conserje de turno, pero finalmente se impuso la lógica: si el conserje decía que el señor Doneman no había llegado era que el señor Doneman no había llegado. Punto.

La preocupación de Delicias era por demás evidente. Se había alejado apenas de la conserjería, y había quedado como clavada al suelo, pensativa, indecisa, preocupada. Realmente preocupada. Por supuesto todos los presentes la miraban, especialmente los hombres.

Por fin, Delicias Arlington reaccionó, y se dirigió hacia la puerta de salida del hotel. Baby dejó el periódico a un lado, se puso en pie, y caminó tras ella. Cuando salió del hotel vio a Delicias caminando hacia el reducido estacionamiento, y al poco meterse en un pequeño Volkswagen gris, matriculado en las Bahamas. Por supuesto, alquilado. De modo que, en previsión a que perdiera de vista a Delicias Arlington, Baby miró la matrícula, la memorizó, y se dispuso a meterse en su coche para partir en pos de la señorita Arlington. Entonces vio al segundo hombre de Central Park. El que se le había escapado. Uno de los dos que habían asesinado ante ella

a Carpenter Rush, es decir, un Simón retirado, uno de los pocos agentes de la CIA que acababan en activo su vida, que alcanzaba la jubilación como tales. Y aquel sujeto, junto con el llamado Elmer Gribson, había asesinado brutalmente a Carpenter Rush.

Y ahora se disponía a seguir a Delicias Arlington…, cualquiera sabía con que intenciones. Había estado escondido con gesto muy natural detrás de unas de las palmeras del perímetro del estacionamiento, y sólo salió de detrás de ella cuando Delicias Arlington, al volante de su Volkswagen, abandonó el lugar… Entonces caminó presurosamente hacia otro automóvil, y se metió dentro, ante al volante, mirando hacia la puerta del hotel…, por la cual apareció apresuradamente un hombre, que corrió hacia el coche del asesino, abrió una portezuela de atrás, y se metió dentro.

Desde su posición, Baby podía verlos a ambos, conversando excitadamente. El que estaba al volante, es decir, el asesino de Central Park, hacía gestos como diciendo: ya te lo decía yo, ¿lo ves? Y la espía comprendió con formidable intuición el significado de aquel gesto: el asesino de Central Park sabía que Delicias había acudido allí en busca de Steve Doneman, y como sabía que éste, ciertamente, no podría acudir a la cita, ella había abandonado el hotel sin hablar con nadie, así que no había cuidado, todo había terminado con la eliminación de Doneman.

El coche del asesino de Central Park se puso en movimiento, comenzando la maniobra para salir de entre otros dos coches. Baby no titubeó ni un segundo: caminó hacia el automóvil, abrió la portezuela derecha de atrás, se metió en el coche al tiempo que sacaba la pistola de cachas de madreperla de un bolsillo interior de sus hombrunas ropas, y cuando el sujeto sentado atrás abrió la boca para increparla, la espía le apuntó al corazón con su pistolita, y apretó al gatillo.

Plof, sonó el leve chasquido.

El desconocido emitió un breve respingo, desorbitó los ojos y crispó la boca, y se relajó súbitamente, con los ojos quietos como si fuesen de cristal. El asesino de Central Park respingó con fuerza mientras se volvía…, y se encontró con la boca de la pistola de Baby ante sus ojos.

—Ponga las manos en el volante y salgamos de aquí —dijo secamente la espía.

—¿Quién es usted? —jadeó el hombre.

—Soy yo quien hace las preguntas: ¿quién es usted?

—Smith… Me llamo Smith, Waldo Smith. ¡Usted no tiene derecho…!

—Tranquilícese —cortó Baby—. Un sujeto dedicado al asesinato por encargo no tiene nada que reprochar a los demás. Usted y yo somos viejos conocidos. ¿No le vi hace unos pocos días en Central Park?

El hombre quedó atónito. Abrió la boca. La cerró. Su mirada saltó hacia el crispado rostro de su compañero recién muerto de modo tan implacable y frío, y regresó al rostro de la hombruna mujerona.

—¿Usted es la vieja de Central Park? —susurró.

—Salgamos de aquí, y procure alcanzar a Delicias Arlington si no quiere que me enfade. Además, a usted también le interesa no perderla de vista, ¿verdad? Vamos, salga.

Smith asintió, y condujo el coche hacia la salida, alcanzando la Bay Street enseguida. Baby miró rápidamente a derecha e izquierda, y divisó el Volkswagen gris.

—Por allá va —indicó—. ¡Vamos, no se duerma! Aunque quizá no vale la pena que nos compliquemos la vida en una persecución a estilo película de espionaje. Según mis deducciones, usted forma parte del grupo en el que está incluida Delicias Arlington. ¿Cierto?

—No sé de qué me habla.

—Pues se lo explicaré, para que no se engañe usted conmigo y comprenda que tengo todos los hilos y que quiero las cosas claras. Usted trabaja para el coronel Hughes, del cual es la amante la señorita Arlington. Y como ella aprovechaba sus ratos libres para darle gusto al cuerpo con Steve Doneman, el coronel le envió dos asesinos a Doneman: usted y Elmer Gribson, su compañero que yo maté en Central Park; pero antes, entre los dos, asesinaron a Carpenter Rush, y antes todavía, a Steve Doneman, al cual, además, hicieron trizas bestialmente. ¿Correcto?

—Correcto —casi rió Waldo Smith.

—Bien. La señorita Arlington hizo saber a Doneman dónde iba a estar, y él habría venido si usted y Gribson no lo hubieran matado. Pero ella no sabe que él está muerto, así que ha venido a reunirse con él. Lo que ella ignora además de que Doneman está muerto, es

que el coronel Hughes ya no la quiere perder de vista, y que les ha encargado a ustedes que, vaya adonde vaya la señorita Arlington, la sigan, tanto para vigilarla como para protegerla. ¿Correcto?

—¡Correcto!

—De acuerdo. ¿Dónde está el coronel?

—¿No prefiere que vayamos allá? Seguramente Delicias vuelve a casa, a esperar el día de mañana para volver a venir a preguntar por su amado hijoputa. Si seguimos tras ella llegará usted a la residencia del coronel en las Bahamas.

—Me parece una buena idea. ¿Qué residencia es ésa y con quién está el coronel, aparte de ustedes y Delicias Arlington?

—Bueno, naturalmente el coronel tiene con él su Estado Mayor. Por cierto: ¿recibieron el disquete en la CIA?

—¿Quiere eso decir que usted piensa que yo soy de la CIA?

—Sí usted es la mujer de Central Park, es de la CIA, pues Carpenter Rush era de la CIA, y si pidió contacto para pasar lo que había conseguido saber no iba a pedirlo al FBI, digo yo.

—Muy astuto. Sí, recibimos el disquete en la Central; estamos, pues, al corriente de sus intenciones…, aunque nos permitimos dudar que el coronel disponga de esos fantasmales trescientos cincuenta mil hombres. Un Estado Mayor ya es otra cosa, pues se juntan una docena de oficiales y ya está. Eso es fácil. ¡Pero trescientos cincuenta mil hombres…! ¿Dónde podría esconderlos, a cien millas a la redonda de Washington?

—Si está intentando sonsacarme, pierde el tiempo. Primero, porque no lo sé. Segundo —Smith frenó ante un semáforo, y se volvió a mirar a Baby irónicamente—, porque aunque lo supiera no se lo diría. Y tercero…

La tercera parte del discurso de Smith consistió en moverse velozmente, terminando de girar e incorporándose para apuntar a Brigitte con la pistola que disimuladamente había cogido de debajo de su asiento. Trucos y recursos de los profesionales de la muerte, que siempre tienen que estar prevenidos para afrontar cualquier contingencia. Pero comparado con Brigitte Baby Montfort aquel sujeto sólo era un mercachifle del asesinato, una escoria de la vida, un asesino de poca monta. Cuando él intentó apuntar a Brigitte hacía siglos que ésta había percibido sus intenciones, y, simplemente, apretó el gatillo de su pistolita.

Plof.

La cabeza de Smith apenas se movió, pero sus ojos bizquearon especialmente cuando recibió entre ellos el impacto del pequeño proyectil que se alojó en su cerebro, y, simplemente, cortó el circuito de la vida. Fue igual que cuando se cortan unos cables telefónicos o eléctricos, que cesa la energía inmediatamente. E Inmediatamente cesó la energía y la vida de Waldo Smith.

Baby lo empujó hacia el asiento contiguo con la misma pistola, apoyándola en una mejilla del cadáver, que quedó como recostado en la portezuela del otro lado. Con agilidad impropia de su macizo y pesado aspecto, la espía pasó ante el volante, y tomó los mandos un par de segundos antes de que cambiara el rojo por el verde. Arrancó, tranquila y serena, como si nada hubiese ocurrido y nada estuviese ocurriendo. Divisó el Volkswagen gris al parar ante el siguiente semáforo.

Capítulo V

Fue entonces cuando recurrió a la pequeña radio camuflada en el paquete de cigarrillos que llevaba con toda naturalidad en un bolsillo. Pulsó el botón de llanada, y obtuvo respuesta Inmediata.

—¿Sí?

—¿Están ustedes siguiendo a Delicias Arlington? La pelirroja que va en el Volkswagen gris.

—Así es. ¿Usted también? No la hemos visto…

—Aunque me hubiesen visto no me habrían reconocido. Es decir, quizá sí que me han visto, pero de ninguna manera podían reconocerme. Ustedes, claro está, son Simón III y Simón IV.

—Sí. ¿Dónde está usted?

—Circulando detrás del Volkswagen en un Ford y en compañía de dos cadáveres. Supongo que ustedes conocen estos lugares mejor que yo… ¿Cómo puedo deshacerme de ellos sin perder de vista el Volkswagen?

—Nosotros también vamos detrás del Volkswagen, en un Chrysler del año de Matusalén. ¿Nos ve usted?

Baby tardó apenas tres segundos en localizar el vehículo mencionado, que en efecto circulaba detrás del Volkswagen. El semáforo ofreció su luz verde, y la espía reanudó la marcha, diciendo:

—Sí, les veo. Quizás están demasiado cerca de la pelirroja, ¿no?

—No hay cuidado. Ella no es de la profesión, así que no se dará cuenta de nada. Además, va demasiado preocupada para fijarse en lo que sucede a su alrededor. Escuche lo que vamos a hacer: cuando nos alcance y nos detengamos, pare detrás de nosotros, y cambiaremos de coche. Nosotros nos llevaremos esos muertos, y usted continúa siguiendo a la pelirroja con nuestro coche. ¿Le parece bien?

—Me parece magnífico. La verdad, no sabría qué decir si un

guardia de tráfico me parase y me preguntara qué significaban esos dos muertos.

—Nosotros tampoco —rió el agente de la CIA—, pero tenemos amigos por aquí, así que no hay problema. Además, apuesto a que usted sí sabría perfectamente qué decirle al guardia… Esté atenta: estamos llegando a otro semáforo.

Así era. Al poco, los tres coches se detenían, el Volkswagen en primer lugar, el Chrysler detrás, y detrás del Chrysler el que conducía Brigitte. Ésta se apeó, y se cruzó muy seria con los dos agentes de la CIA que abandonaron su coche. El cambio se realizó sin problema alguno, y cuando el semáforo cambió a verde Brigitte continuó con el Chrysler el seguimiento de Delicias Arlington.

Miró por el retrovisor, y divisó movimiento en el interior del Ford, cuyos cristales habían sido subidos, pese al calor, con el fin de dificultar al máximo la visión de lo que ocurría dentro del coche. Se imaginó a uno de los Simones colocando los más discretamente posible los dos cadáveres en el asiento de atrás, mientras el otro conducía. Siempre era más fácil hacer las cosas entre dos…

Pasaron circulando muy cerca del lugar donde se hallaba ubicado el *bungalow* proporcionado a Baby por sus Simones. Dejaron atrás Goodman Bay y continuaron siempre con Cable Beach a su derecha. Pasaron por Delaporte Village, luego cerca de Cave Point, cruzaron también por Gambier Village…

La pelirroja sacó el coche de la carretera poco antes de alcanzar Old Fort Point, cuando apenas había dejado atrás North West Point. Había un precioso paisaje de cocoteros. Brigitte sabía que la carretera que había en aquel lado de la isla se llamaba Western Road. Hacia el interior estaba el aeropuerto Windsor Field, enfrente, Lightbourn Creeck, convertido en zona pantanosa. A la derecha, las azules aguas de Old Fort Bay…

El Volkswagen conducido por Delicias Arlington giró a la derecha en el camino que discurría muy cerca de la playa, y entró en los terrenos de una villa protegidos por altas verjas de hierro. Al fondo, por entre jardines de intenso colorido, se divisaba la casa, blanca y azul, delicada y romántica, que no sugería en modo alguno que pudiera tratarse de un cuartel general.

Unos doscientos metros más adelante Brigitte detuvo el coche a la sombra de unos cocoteros, lo cerró, y regresó a pie hacia la villa.

No se veía el Volkswagen. No se veía nada, excepto la casa. Nadie. Brigitte caminó hasta llegar al límite de las verjas, y luego se acercó hasta la orilla del mar. Había una buena parte rocosa en aquella zona, pero la propiedad donde había entrado la pelirroja tenía una preciosa playa de arenas insólitamente blancas. Desde allí se veía la piscina, frente a la casa en el lado del mar, de modo que no podía verse desde la carretera… Todo en aquella villa estaba pensado para conseguir el máximo aislamiento, la máxima protección contra la curiosidad ajena. Posiblemente se la había hecho construir algún excéntrico millonario, o algún cantante o actriz famosa…

Y ahora era un cuartel general. ¿O el coronel Hughes no estaba allí? Brigitte continuó caminando cerca del mar. Algo alejado de la villa había un pequeño *bungalow*, en el que tampoco se veía a nadie. Y una lancha pequeña y una grande ancladas delante de las rocas.

El lugar era idílico.

La espía regresó al Chrysler, ante cuyo volante se sentó, y quedó pensativa. La tarde iba declinando. De repente, sacó la radio, y efectuó la llamada.

—Sí, diga.

—¿Cómo les va con los dos cadáveres?

—No se preocupe, nos las estamos arreglando bien.

—El del balazo en la frente dijo llamarse Waldo Smith. Es el segundo de los que asesinaron a Rush en Central Park.

—De modo que ya lo ha vengado usted…

—No creo que eso le sirva de gran cosa a Carpenter Rush, pero sí, ya está vengado. Al menos en lo que se refiere a las manos ejecutoras. Pero falta vengarle respecto a quien dio la orden de que fuese asesinado.

—Es decir, el coronel Hughes. Bien, si nos llama es que la pelirroja ha llegado a algún sitio. ¿Ha visto algo interesante?

—Es una villa para lunas de miel. Blanca y azul, entre North West Point y Old Fort Point, protegida por verjas en el lado del camino que parte de la derecha de la carretera. No tiene pérdida.

—Descuide, que tomamos nota.

—Voy a esperar que termine de oscurecer, y entraré en esa villa. Si no les he llamado antes de medianoche es toda para ustedes.

—Escuche, somos cuatro en Nassau ahora, y podemos ser muchos más efectuando una simple llamada por radio. Usted no

tiene por qué arriesgarse metiéndose sola en esa ratonera.

—Caramba, gracias por llamarme ratón.

—Lo que quiero decir…

—Sé lo que quiere decir —rió Brigitte—, pero mi orden sigue en pie: no hagan nada, no intervengan en modo alguno, hasta medianoche. Eso es todo.

Cortó la comunicación, miró su relojito de pulsera, y encendió un cigarrillo. No tardaría en oscurecer.

* * *

No tuvo la menor dificultad en escalar las verjas y caer al otro lado en ágil salto… Por entre los arbustos de flores y los cocoteros se divisaban las luces de la casa, en varias ventanas. Todo parecía tranquilo y normal, la villa parecía contener personas inofensivas.

¿Y si el coronel Hughes no estaba allí? Aquella bien podía ser la villa de un amigo, o simplemente alquilada, para tener segura a Delicias mientras él procedía a la invasión de Washington…

Era una idea en verdad decepcionante.

Para su asombro, Brigitte llegó a la casa sin tropiezo ni dificultad alguna. Era increíble, pero no había vigilancia. ¿Se podía admitir que un militar se instalase en una posición sin colocar un sistema de vigilancia en la misma? Naturalmente, la puerta de la casa estaba cerrada, pero bien pronto encontró la espía un sitio por donde entrar: la amplia terraza, cuyas puertas se hallaban abiertas, dejando escapar raudales de luz.

«—No me gusta esto —se dijo Brigitte—… ¡No me gusta nada!».

En alguna parte, como algo remoto, se oía música. Beethoven, sin lugar a la menor duda.

La espía se deslizó al interior de la casa por la terraza, accediendo al amplio y confortable salón de blancas y leves cortinas, mobiliario azul pálido, hermosas plantas, cuadros de marinos paisajes idealizados… La música de Beethoven proseguía, y Brigitte la ubicó en el piso superior de la villa, por supuesto en algún dormitorio, o quizás otra salita…

El coronel Hughes apareció de pronto.

Pese a toda su veteranía y su temple nervioso, Brigitte se llevó un buen sobresalto, y su pistola se orientó inmediatamente hacia el

recién aparecido personaje. Alto, fuerte, solidísimo, con su rostro enérgico y adusto, y vestido con su uniforme de coronel del Ejército de los Estados Unidos de América.

—Quieto ahí —susurró Baby, haciendo un gesto amenazador con la pistola.

—Tranquilícese —dijo Delmer Delano Hughes—: la estaba esperando.

La espía internacional entornó los párpados, mientras escrutaba los oscuros y profundos ojos del militar, que parecían simples manchas de tinta, quietos, densos, inexpresivos.

—¿Me esperaba?

—Desde luego. Supe que Carpenter había estado conversando en Central Park con una mujer, y esa mujer sólo podía ser usted. Lamento que mis hombres fuesen tan torpes que no pudieran evitar que usted se metiera en esto, Baby. ¿Qué les ha ocurrido a Waldo y a Clinton?

—Están muertos.

El coronel Hughes hizo un gesto como entre resignado y molesto.

—Temí que algo así había sucedido cuando no regresaron al poco de hacerlo Delicias. Y no tuve más remedio que comprender que, como fuese, usted había conseguido mi pista. Tenía razón Carpenter: es usted temible en verdad.

Brigitte experimentaba una sensación de inseguridad, de desconfianza, como pocas veces en su vida. Hizo un gesto con la cabeza hacia el techo.

—¿Quién hay arriba? —inquirió.

—Delicias, escuchando a Beethoven.

—¿No hay nadie más en casa?

—Oh, sí. En total somos casi treinta personas, pero yo ordené que la dejasen de mi cuenta, pues quería conversar con usted. Si en lugar de entrar en la villa una mujer, hubiera entrado un hombre, o varios, la cosa habría sucedido de modo bien diferente. Pero mis hombres tenían órdenes de dejarla pasar a usted. Del mismo modo que tienen órdenes de no dejarla salir… sin mi permiso, claro está. ¿No quiere sentarse?

Señaló un confortable sillón.

Seguía sonando la música de Beethoven.

Seis soldados de negro uniforme habían aparecido silenciosamente en el salón, tres por la puerta que daba al interior de la mansión y tres por la de la terraza. No hicieron gesto de amenaza alguno, pareció que ni siquiera mirasen a Brigitte. Simplemente, se colocaron en posición de puesto de guardia, con la metralleta en las manos, la mirada perdida, las facciones tranquilas. La espía más astuta del mundo terminó por sonreír apretadamente, guardó su pistolita, y fue a sentarse en el sillón indicado por el coronel Hughes, que ofreció:

—¿Me permite invitarla a champán?

—Es una de las pocas cosas que pienso permitirle —dijo Baby.

Delmer Delano Hughes hizo un gesto con los labios que podía parecer remotísimamente una sonrisa. Se acercó a la mesita donde estaba el cubo con la botella enfriándose en hielo, y sirvió champán en una sola copa, que tendió a Brigitte.

—¿Usted no bebe? —inquirió la espía.

—Nunca. Y menos en vísperas de batalla.

—Ya. Eso quiere decir que la invasión de Washington está próxima.

—Sí. ¿Qué consiguió decirle Carpenter a usted?

—Que pensaba usted invadir Washington y luego ocupar la Casa Blanca. En ese instante, lo asesinaron.

—Hubiese preferido no tener que dar esa orden —dijo sombríamente el coronel—, pero ya le advertí a Carpenter. Y también estaba advertido Ronald, ya sabe, el general Kimsaid. Les dije que no se metieran en esto, ya que no habían aceptado ayudarme. Pero Kimsaid recurrió a Rush, éste me incordió… Me dijo que no quería delatarme, que podía arreglar las cosas de otra manera, recurriendo a la agente Baby… Él quería que usted me disuadiera de llevar a la práctica mis planes. Dijo que Kimsaid carecía de la ductilidad y el talento de usted, y que lo iba a dejar al margen, prefiriéndola a usted para que conversara conmigo. Le dije que nadie podría disuadirme, y él insistió en que yo tenía que hablar con usted… Bien, lo siento, pero ya le advertí.

—Coronel Hughes: ¿qué es lo que realmente está usted tramando?

—Invadir Washington, ocupar la Casa Blanca, y hacerme con el control del mundo.

Brigitte Baby Montfort hizo un gesto de fastidio, como diciendo «oh, no, otra vez con eso, no», y acto seguido bebió un sorbito de champán, que pareció mejorar su humor, porque miró amablemente al militar.

—Muy bien —dijo apaciblemente—. ¿Y una vez conseguido eso?

—Una persona como usted jamás podría comprenderme —replicó el coronel.

—Pruebe a ver. Le aseguro que mi inteligencia es más que suficiente para comprender las más peregrinas cosas.

—No le he permitido llegar hasta mí para explicarle mis planes, sino para que me explique cómo están las cosas en las islas, y cuántos y qué clase de efectivos la respaldan a usted en esta incursión en mi cuartel general. Aunque quiero advertirle que todo es inútil, pues si soy atacado mis represalias serán terribles, y…

—Coronel Hughes —le interrumpió amablemente Brigitte—, déjese de posturas militares arcaicas y de amenazas. He venido sola, y detrás de mí sólo hay cuatro muchachos de la CIA que, básicamente, se dedican a labores auxiliares y de atención hacia mí. No he traído soldados, de modo que este cuartel general no va a ser invadido de ninguna manera. Eso sí; si a las doce de esta noche yo no he podido contactar con mis compañeros, me temo que usted va a tener en el futuro serios y auténticos problemas. ¿Por qué no sostenemos una conversación sensata? Por ejemplo: usted quiere invadir Washington y ocupar la Casa Blanca y todo eso. Muy bien. ¿Por qué? ¿De dónde ha sacado usted trescientos cincuenta mil hombres? ¿Dónde están en estos momentos? Si usted me explica eso…

—Nadie va a explicarle nada a usted —sonó una voz en la puerta del salón—. Sencillamente, va a ser fusilada. Poco importa lo que posteriormente intente la CIA o quien sea: usted va a ser fusilada inmediatamente, por espía.

La mirada de Baby se había desplazado hacia el hombre que hablaba, un oficial alto, joven, apuesto, increíblemente atractivo. Junto a él había otro, que parecía cortado por el mismo patrón. Uno era rubio, y el otro más bien pelirrojo. Eran dos bellos, magníficos, casi increíbles ejemplares de la fauna militar norteamericana de academia selecta.

Parecía imposible enfadarse con dos jóvenes tan hermosos, así

que Brigitte sonrió y preguntó:

—¿Y quiénes son ustedes?

—Son los capitanes John Ames Maxwell y Lorne Farragut, mis ayudantes directos para dirigir mi Estado Mayor —dijo el coronel Hughes—…, y lo de fusilarla a usted por espía no me parece precisamente una mala idea.

—Pues a mí sí me lo parece —rechazó Brigitte.

—Tenemos la impresión —dijo el pelirrojo capitán Farragut— de que usted se está burlando de nosotros y de la situación. Y no es una situación como para hacer burla de ella.

—Estamos en guerra, señorita —añadió el capitán Maxwell—. Y en guerra, los espías son fusilados.

—Pero yo no he venido aquí como espía —porfió amablemente Baby—, sino como… mediadora de buena voluntad entre el coronel Hughes y el pueblo de los Estados Unidos de América, para rogarle, en nombre de éste, que no inicie esa guerra. Y jamás un intermediario de buena voluntad puede ser fusilado por ninguno de los ejércitos beligerantes, capitán Maxwell.

Se hizo un denso silencio fruto del desconcierto de todos los presentes. Brigitte se estaba dando perfecta cuenta de lo insólito y hasta absurdo de la situación, que, efectivamente, en ciertos momentos casi le provocaba hilaridad. Posiblemente habría terminado por reír si no se hubiera dado cuenta de que, cuando menos el coronel Hughes se estaba tomando aquello con una seriedad y determinación sumamente peligrosas.

—Pero usted es una espía —insistió por fin Maxwell.

—También soy periodista —replicó Brigitte—. Pero no he venido aquí como periodista. Ni como espía. Eso quiere decir que si me fusila por espía también podría fusilarme por periodista. Y si no me fusila por ser periodista ya que no he venido como periodista, ¿por qué ha de fusilarme por espía ya que no he venido como espía?

—Será fusilada —dijo hoscamente John Ames Maxwell.

—Esperaremos —dijo el coronel Hughes—… Quiero reflexionar sobre esto.

Mientras tanto, usted será confinada en uno de nuestros calabozos. Entregue sus armas y todas sus pertenencias a mis soldados.

—¿Las ropas también? —sonrió Baby.

—Pronto dejará de sentir deseos de bromear —masculló el capitán Farragut, acercándose a ella.

La agarró por los cabellos y dio un tirón, arrancando la fea peluca postiza y dejando el descubierto el casquete de nailon que sujetaba fuertemente los negros cabellos de Brigitte contra su cabeza. Tras un instante de estupor, Farragut arrancó también el casquete, dejando suelta la espléndida cabellera de la espía.

El asombro había hecho presa en todos. Por fin, Farragut masculló:

—Será mejor que se quite usted las ropas. No podemos confiar en que una persona como usted no tenga más trucos para sorprendernos y perjudicarnos.

Brigitte obedeció mansamente, quedando vestida únicamente, si así puede decirse, con la liviana braguita y el no menos liviano sujetador, íntimas prendas de delicado tono azul que realzaban la belleza de su espléndida piel bronceada. El pasmo era total en los presentes. Sobre sus zapatos de alto tacón la belleza de la espía era sencillamente deslumbrante.

—Espero que no me obliguen a quitarme nada más —sonrió.

El coronel Hughes reaccionó, dirigió una breve mirada a sus soldados, y murmuró:

—Llévensela.

Cuatro de los soldados se acercaron a Brigitte, formaron un cuadro alrededor de ella, y comenzaron a caminar. Brigitte siguió el juego. Salieron del salón al amplio vestíbulo, donde se oía con más nitidez la música de Beethoven. Fueron hacia el fondo del vestíbulo, donde había una puerta que una vez abierta mostró una estrecha rampa descendente, por medio de la cual alcanzaron el primer pasadizo, angosto, húmedo, con aspecto de estar habitado por ratas. Talmente parecía uno de esos pasadizos misteriosos de los piratas caribeños con pata de palo y garfio de hierro en una mano. Las pisadas de las botas de los cuatro soldados resonaban de modo lúgubre, como mojado, en el subterráneo.

La puerta de un calabozo fue abierta, y a cada lado se colocaron dos soldados.

Brigitte entró, y dijo:

—¿Alguno de ustedes sería tan amable de traerme mis ropas

cuando ya hayan sido registradas? O cuando menos, una manta. Por favor.

La puerta del calabozo fue cerrada, resonando el impacto cualquiera sabía hasta qué profundidades de aquel imprevisible laberinto. Brigitte quedó completamente a oscuras no sabía dónde.

Capítulo VI

La puerta se abrió con leve chirrido, y la luz de una poderosa linterna de pilas se esparció por el calabozo, cuyas medidas ya había tomado Brigitte con anterioridad: tres por tres metros, paredes desnudas, y eso era todo. La luz la mantuvo deslumbrada unos segundos, los suficientes para que pudiera ver a su visitante antes de oír su voz, que la sorprendió:

—¿Es cierto que usted me encontró por medio de Steve?

Todavía con los párpados entornados, Brigitte pudo ver a su visitante, que, en efecto, era Delicias Arlington. Ésta había cerrado la puerta, y las dos mujeres se hallaban solas en el calabozo.

—Sí —murmuró Brigitte—, así fue, señorita Arlington.

—¿Y dónde está él? —preguntó la muchacha con voz crispada —. ¿Qué ha hecho la CIA con Steve?

—La CIA no ha hecho nada con Steve Doneman: fue el coronel Hughes quien dio la orden de que se le diese un buen escarmiento y luego lo asesinaran.

—¿Qué? —jadeó Delicias—. ¡Oh, Dios mío…! ¡No!

—¿No sabía usted todavía que Steve fue asesinado?

—¡Está mintiendo! ¡Delmer no haría nunca una cosa así! Además, él sólo se ha enterado de lo de Steve y yo cuando ustedes han intervenido… ¡Él no sabía nada de lo nuestro!

—Usted es tonta, amiguita —refunfuñó Brigitte—… ¡Claro que el coronel sabía que usted lo engañaba con el guapo Steve! Pero se hizo el desentendido hasta que le convino. Le dijo a usted que venían a pasar unos encantadores días en las Bahamas, dejó que usted avisara a Steve, y cuando usted y él ya estaban camino de las Bahamas dos de sus hombres fueron a matar a Steve. Es así de sencillo.

—No… No es verdad… Miente… ¡Miente, miente, miente!

Brigitte ni siquiera se molestó en contestar. Delicias retrocedió

hasta que su espalda chocó con la pared, y se fue deslizando hasta quedar sentada en el húmedo suelo, llorando torrencialmente, estremecido su cuerpo con fortísimos sollozos.

De pie casi en el centro de la celda, Brigitte, que sentía todo su cuerpo aterido por el frío, la miraba en silencio. La luz de la linterna de cuatro caras se esparcía por el calabozo iluminando los sórdidos rincones, el rezumante suelo y techo…, y el desolado rostro de la bella pelirroja.

La espía movió la cabeza y murmuró:

—Me pregunto si usted sabe dónde se ha metido. Mejor dicho, en qué se ha metido. ¿Lo sabe?

—¿De qué… me está hablando?

—De la invasión de Washington. ¿Ignora usted que el coronel Hughes dispone de trescientos cincuenta mil hombres con los cuales…?

La puerta del calabozo se abrió de nuevo, y los apuestos capitanes Maxwell y Farragut entraron rápidamente, y el primero se dirigió agriamente a la pelirroja.

—¿Qué hace usted aquí abajo? ¿Qué ha venido a hacer con la prisionera?

—No hace falta que sean tan duros con ella —dijo Brigitte.

—Usted cállese —ordenó Farragut—… ¡Y colóquese en aquel rincón y no se le ocurra acercarse a nosotros! ¡Sabemos muy bien a qué atenernos con usted!

—Tranquilícense —frunció el ceño Brigitte—. ¿Por qué están tan nerviosos?

—Hemos dejado arriba, en el salón, todo el Estado Mayor reunido, a la espera de juzgarla a usted sumariamente, así que no crea que vamos a perder el tiempo con explicaciones. ¡Camine hacia la puerta!

—¿En qué quedamos? ¿Me coloco en el rincón o camino hacia la puerta?

—Camine hacia la puerta. —Farragut la apuntó con clara amenaza con su pistola militar—. Y tenga por seguro que no vacilaré en dispararle si hace algo que nos inquiete.

Brigitte ni siquiera dio dos pasos hacia la puerta, que volvió a abrirse, dejando paso ahora al mismísimo coronel Delmer Delano Hughes. Entró con gesto decidido, parpadeó sorprendido al ver a

Delicias, y enseguida su mirada fue hacia Brigitte.

Estaba pálido como un muerto.

—Todo es mentira —jadeó—… ¡Es una confabulación entre usted y sus compañeros de la CIA para engañarme!

—¿A qué se refiere? —se sorprendió realmente Baby.

El coronel Hughes mostró en la palma de su mano izquierda el paquete de cigarrillos dentro del cual estaba la pequeña radio utilizada por la espía en aquella misión.

—Estaba sentado a la mesa con mi Estado Mayor mientras esperábamos a los capitanes Maxwell y Farragut, que debían llevarla a usted a nuestra presencia, cuando su radio sonó. El capitán Denison encontró el modo de aceptar el contacto, y uno de sus amigos habló, al parecer convencido de que era usted quien había contestado a la llamada. Le dije que usted es mi prisionera, y que sería inmediatamente ejecutada si la CIA intentaba algo contra mi cuartel general… El hombre estaba muy sorprendido: dijo que a qué venía eso, si la Casa Blanca ya había aceptado mi oferta de desmovilización a cambio de los quinientos millones de dólares… ¡¿Qué porquería están tramando ustedes?! ¡Yo no tengo la menor intención de desmovilizar el ejército, se lo aseguro!

—¿Me permite hablar con mi compañero? —Tendió Brigitte la mano hacia el coronel.

—No se moleste —dijo Maxwell, apuntando al coronel Hughes con su pistola—: nosotros le explicaremos lo que está sucediendo.

—Pero no aquí y ahora, John —dijo Farragut—. Creo que ha llegado el momento de desalojar esta posición. Usted delante, coronel.

Delmer Delano Hughes los fulminó con una mirada despectiva.

—¿Qué significa esto? —inquirió con tono seco—. ¡Exijo una respuesta, capitán!

—Tendrá su respuesta, pero no ahora. Ahora…

—¡Exijo la explicación inmediatamente! ¡Soy su coronel, y…!

—Cállate ya, so cretino —masculló Farragut, acercándose a Hughes y golpeándole en la cabeza con su pistola.

El coronel lanzó un breve grito de dolor, pareció que sus ojos se apagaran, y rodó por el húmedo suelo sangrando ya abundantemente por la tremenda brecha abierta en el cuero cabelludo. Maxwell se apresuró a apuntar a Brigitte, que había

iniciado un movimiento hacia ellos.

—Quieta ahí si no quiere morir ahora mismo. ¿Quiere morir?

Brigitte se limitó a apretar los labios. Delicias Arlington parecía una estatua de yeso, todavía sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, el rostro mojado por las lágrimas. Miraba absolutamente pasmada de uno a otro hombre sin comprender nada de nada.

El capitán Maxwell salió al pasillo, dio una orden, y en el calabozo entraron rápidamente dos soldados, que tendieron a Brigitte en el suelo boca abajo y procedieron a atarle las manos sobre los riñones con fuertes cordeles que sacaron de sus bolsillos.

—Deberíamos matarla —dijo Farragut, acercándose más a la cabeza de Brigitte—, pero sería una estupidez, considerando que en determinado momento de apuro sería usted un rehén de primerísima categoría. Sabemos que mientras la tengamos con nosotros la CIA no se atreverá a molestarnos lo más mínimo. Así que nos acompañará.

—¿Adónde? —inquirió Brigitte.

—¡Ya lo verá! —rió Farragut, que miró de pronto Delicias—. Tú, ponte en pie, también vendrás con nosotros. ¡Venga, ponte en pie, zorra pelirroja!

Delicias se puso en pie apresuradamente, asustada, pues los muy apuestos y correctos capitanes del Estado Mayor ya no parecían tan correctos, y ni siquiera atractivos, ahora que sus rostros mostraban aquellas muecas duras, sarcásticas.

Uno de los soldados se cargó en el hombro al coronel Hughes, y todos salieron del calabozo. Afuera había dos soldados más, que precedieron la comitiva iluminando los pasillos con potentes linternas. Incluso Delicias se dio perfecta cuenta de que no iban camino de regresar a la casa, que había estado encima de ellos, sino que se iban alejando, siguiendo aquellos pasadizos que resonaban como si todo allá abajo estuviera mojado y muerto desde el principio de los siglos.

De cuando en cuando un goterón de sangre caía de la cabeza del desvanecido coronel Hughes. Delicias rompió a llorar de nuevo, sin poder contenerse, y su llanto se le antojó a Brigitte la cosa más triste y desalentadora que había escuchado jamás.

El capitán Maxwell se plantó delante de la pelirroja, y con la

mano izquierda se apoderó de su seno derecho, que apretó rudamente, arrancando un grito de dolor a la muchacha.

—Cállate o te arranco la lengua ahora mismo —dijo el atractivo personaje.

Delicias enmudeció, casi atragantándose.

Maxwell sonrió, acarició ahora lascivamente el pecho mientras reía, y todos continuaron la marcha. Pronto comenzó a oírse el fragor del mar. Brigitte cerró los ojos un instante. Claro: las dos lanchas que ella había visto. Una lancha grande y una pequeña, que no estaban en la playita privada del cuartel general, sino delante del pequeño *bungalow* que parecía no tener nada que ver con aquello.

Pero sí tenía que ver, y Brigitte ya lo había comprendido cuando aparecieron, arrastrándose, directamente al mar, tras haberse desplazado todos por el último tramo del estrecho pasadizo, por el que había sido arrastrado sin misericordia alguna el coronel Hughes, que tuvo que ser sostenido a flote por dos de los cuatro soldados, mientras los otros dos sostenían a Brigitte.

Nadaron todos hacia la lancha grande, en cuya borda se distinguieron las formas de otros tres hombres, que ayudaron a todos a subir a bordo. A lo lejos, a la derecha, por entre siluetas de palmeras, se divisaban las luces de la romántica casa azul y blanca qua había sido cuartel general del hombre que quería invadir Washington con trescientos cincuenta mil hombres.

—Volved al *bungalow* —jadeó Maxwell—, recogedlo todo, y subid a la lancha pequeña. Ya sabéis el rumbo, y como estaremos navegando a media marcha nos alcanzaréis enseguida. Cuidado con los de la CIA, que están vigilando la villa. Si notan movimiento por aquí antes de hora podrían complicarse las cosas.

Los tres hombres se descolgaron por un costado de la lancha grande, y nadaron hacia las rocas de la costa, que escalaron ágilmente. Brigitte yacía tendida en la cubierta, junto al coronel. Delicias estaba sentada junto a ellos, y parecía alucinada.

Nadie encendía luz alguna. Ni siquiera cuando fueron arrastrados al interior de la lancha grande, donde fueron dejados como si fuesen basura. En el ventanal que daba a cubierta resplandecía la luz de la luna.

Brigitte se revolvió en el suelo hasta quedar delante de Delicias, vuelta de espaldas a la pelirroja.

—Desáteme —susurró—… ¡Vamos, tiene que conseguirlo cuanto antes!

Delicias Arlington comenzó a llorar de nuevo. Justo en aquel momento comenzaron a trepidar los poderosos motores gemelos de la lancha, que inició lentamente su andadura. Brigitte pensó en sus Simones, que posiblemente estuvieran oyendo el rumor de los motores, pero… ¿cómo habían de adivinar que se les estaban escapando las piezas importantes y que, además, se les estaba llevando a su adorada Baby prácticamente ante sus narices?

Dos soldados aparecieron en el saloncito de la lancha, agarraron a Brigitte por los brazos, y la subieron en volandas a cubierta, colocándola junto a la borda, entre Maxwell y Farragut. Por detrás de la lancha grande navegaba ya la otra, ambas todavía sin haber encendida ninguna luz, ni tan siquiera las mínimas reglamentarias.

—¿A qué hora dijo usted que sus amigos atacarían si usted no les decía nada por la radio?

—A las doce —murmuró Brigitte; pero se apresuró a añadir—: pero no dije que atacarían, pues son sólo cuatro. Lo que harán será avisar para recibir los refuerzos suficientes a fin de arrasar esa villa.

—Lo cual podría demorarse hasta mañana por la mañana.

—Por lo menos —asintió la espía.

—No podemos esperar tanto —rió Maxwell—. ¿Verdad, Lorne?

—No, no podemos —rió también Farragut.

Fue él quien apretó el botón del detonador a distancia, y sucedió lo que Brigitte había estado temiendo: en la costa, cerca de la playa de blancas arenas ahora inundadas de luz lunar, apareció la enorme llamarada, a la que siguió el tremendo estampido que pareció agitar, cielos, estrellas y mares.

El intenso resplandor se esparció, rojo intenso, tiñendo el mar como de sangre.

Brigitte cerró los ojos. Si les hubiese dicho a los dos capitanes que sus Simones habrían asaltado los cuatro solos la villa a las doce, para rescatarla o hacer una escabechina, seguramente habrían esperado a las doce para hacer explotar aquella carga, de modo que habrían matado también a sus Simones.

Por eso había dicho que no harían nada hasta el día siguiente. Había salvado la vida a cuatro de sus muchachos. Pero… ¿cuántas personas habían muerto en la villa, asesinadas por los dos

capitanes? Brigitte calculó que unas veinte. Y por cierto que la explosión la tenían preparada hacía tiempo, es decir, que formaba parte de sus planes; planes que por supuesto traicionaban los del coronel Hughes. ¿Unos planes que valían quinientos millones de dólares? ¿Y eso era todo? ¿Un pobre loco y dos traidores codiciosos?

—Vamos abajo —dijo Maxwell—… Aquí arriba hace frío a estas horas y en alta mar. Espero que encuentren pronto un buen lugar donde pasar la noche… Aunque creo que deberíamos variar esa parte del plan, Lorne. Opino que deberíamos navegar directamente y sin pérdida de tiempo hacia Florida.

—Justamente estaba pensando lo mismo —asintió Farragut.

—Dispondremos de más tiempo para prepararlo todo. Y además, llegaremos de noche, o sea que pasaremos totalmente desapercibidos si vamos directamente al embarcadero de la quinta.

—No digas más: directos a Florida. Voy a decírselo a Stan, para que arreglen los turnos.

—De acuerdo.

Maxwell agarró a Brigitte por un brazo, y la condujo de nuevo al interior de la lancha. En el saloncito, el coronel Hughes seguía desvanecido y en lamentable estado. Delicias se había sentado, y parpadeaba sobresaltada bajo la luz recién encendida por el capitán Maxwell.

—¿Cómo sigue el viejo? —rió el joven oficial.

Empujó a Brigitte de modo que ésta quedó sentada en el diván corrido bajo el ventanal, y fue a acuclillarse junto al coronel, al que colocó cara al techo. El rostro de Delmer Delano Hughes parecía de mármol. El capitán Farragut entró cuando Maxwell, tras examinar a Hughes, se incorporaba.

—¿Qué? ¿Cómo está el viejo?

—Está vivo. Es muy duro.

—¡Bah! Nadie muere de un golpe en la cabeza. O casi nadie. Bien, tenemos por delante toda una noche de navegación, y me parece que nos vamos morir de aburrimiento si no encontramos algo para distraernos.

—Podríamos dormir —sugirió Maxwell.

—Ni pensarlo. Vamos, ni estando loco dejo el control de la situación a esos desgraciados que nos están sirviendo. Si sucede

cualquier cosa, por insignificante o inofensiva que sea, tenemos que ser nosotros quienes tomemos las decisiones.

—Eso sí. Bien, pues…

—¿Por qué no se entretienen contándome sus planes? —sugirió Brigitte—. Soy una buena conversadora, y podríamos pasarlo bien los tres sosteniendo una simpática charla.

—No se las dé de lista con nosotros —masculló Farragut—. Si le contamos nuestros planes será porque nosotros querremos, no porque usted nos ha convencido «astutamente». ¿Comprende?

—Comprendo. Sea como sea, me gustaría saber la verdad… Aunque supongo que básicamente ya la sé: ustedes aceptaron secundar los planes del coronel Hughes esperando la ocasión de llevar adelante sus propios planes. O sea, pedir quinientos millones a la Casa Blanca sin que él lo supiera. ¿Correcto?

—Correcto —sonrió Maxwell—… ¡Oh, qué lista es usted!

Brigitte ladeó la cabeza, y se quedó mirando especulativamente de uno a otro hombre. Por fin, murmuró:

—No es eso, ¿verdad? No es simple dinero lo que quieren.

—Caramba —protestó Farragut—…, ¡a mí no me parece que quinientos millones de dólares sea «simple» dinero!

—Pero no es eso sólo lo que quieren. Quieren algo más, el plan es de mucho mayor alcance, mucho más ambicioso y retorcido, ¿no es cierto?

—¿Sabe lo que vamos a hacer con usted? —susurró Maxwell, acercándose—: nos la vamos a tirar. Por el simple gusto de hacerlo. Hasta hace poco Lorne y yo estábamos locos por Delicias, pero desde que la hemos visto a usted tal como es nuestras preferencias han cambiado.

—Pero podemos tirárnoslas a las dos, hombre —sonrió Farragut —: a Baby, por hermosísima, Y a Delicias por el hambre que hemos pasado de ella mientras el coronel se la tiraba siempre que quería. Hay situaciones en la vida que realmente provocan traumas, y hacer el amor con Delicias ha sido uno de nuestros traumas… Pero tú ya lo sabes, ¿verdad, Delicias?

—No sólo lo sabe —susurró Maxwell—, sino que ha estado todo el tiempo exhibiéndose ante nosotros, provocándonos, como diciendo «mirad qué buena estoy, ya sé que me mataríais a polvos, pero os vais a quedar con las ganas, desgraciados, sólo sois un par

de asnos y a mí me está montando un caballo»… ¿Verdad que cuando te movías delante de nosotros y hasta nos enseñabas parte de tus encantos lo hacías para fastidiarnos, Delicias? ¡Contesta!

—No —gimió la pelirroja—… No es cierto, no hacía eso, ni pensaba nada de eso… ¡No es verdad!

—¡Sí es verdad! —Maxwell la agarró por la cabellera brutalmente—. ¡Sí es verdad que lo hacías, tan verdad como cuando te ponías desnuda a tomar el sol para que nosotros nos encendiéramos como antorchas y nos quedáremos con las ganas de tenerte!

—No, no, no… ¡No era ésa mi intención, yo no pretendía nada, sólo quería tomar el sol, sólo eso…!

—¡Sólo eso, ¿eh?! ¡Embustera!

El capitán empujó con fuerza la cabeza de Delicias, que resonó fuertemente contra el tabique. La muchacha gritó, Maxwell repitió el golpe, y Delicias no gritó esta vez, simplemente, puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento. Maxwell estuvo unos segundos mirándola, luego la soltó, se dejó caer sentado en el suelo, y soltó un gruñido. Farragut, que había contemplado la escena con expresión divertida, iba a decir algo, pero en ese momento apareció uno de los soldados uniformados de negro en la entrada de la salita, y dijo:

—Una llamada en la radio, mi capitán.

Farragut miró vivamente a Maxwell, que le devolvió la mirada, con la misma expresión de energía y triunfo.

—Yo iré —dijo Farragut—. No pierdas de vista a éstos, John.

Capítulo VII

John Ames Maxwell estuvo unos segundos inmóvil y silencioso después que su compañero Lorne Farragut hubo abandonado la salita de la lancha. Por fin, encendió parsimoniosamente un cigarrillo, como distraído. De pronto miró a Brigitte y sonrió.

—Apuesto a que se está preguntando quién nos ha hecho esa llamada por radio.

—Francamente, sí. Aunque supongo que forma parte del plan, del… complot en el cual ha sido utilizado el coronel Hughes como si fuese… un muñequito.

—Es usted endemoniadamente lista. Pero bueno, tampoco hay que exagerar en lo del coronel. Realmente, él ha estado trabajando mucho tiempo en ese plan para la invasión de Washington, y realmente piensa… o pensaba llevarla a cabo. Pero hay personas más listas que el coronel, ¿comprende?

—Ya. ¿Y qué han tramado esas personas más listas?

—Se lo voy a decir por una sencilla razón: ninguno de ustedes saldrá vivo de esta lancha, pues aunque no supiesen ni siquiera una pequeña parte de la verdad, nos conocen a Lorne y a mí, saben que formamos parte del plan, y por el simple procedimiento de delatarnos a la CIA, al FBI o a cualquier otro organismo similar podrían arruinar todo el plan, ya que está claro que si la CIA nos atrapase vivos nos lo harían confesar todo, de un modo o de otro.

—Eso es cierto —sonrió Brigitte.

—Tan cierto como que es por eso que ustedes tres ya no tienen precisamente un gran futuro.

—De acuerdo, le comprendo. Pero… ¿cuál es el plan?

Maxwell, todavía sentado en el suelo, chupó del cigarrillo, estuvo luego unos segundos contemplando el humo, y de repente volvió a mirar a Brigitte, con expresión perversamente divertida.

—Convertirnos a Lorne y a mí en héroes nacionales.

—¿Con qué objeto? ¿Y cómo esperan conseguir eso?

—Esperamos conseguirlo de modo muy sencillo. Verá usted, dentro de unas horas la Casa Blanca dará la orden para que sean entregados quinientos millones de dólares a cambio de la desmovilización del ejército del coronel Hughes. Todo está preparado en ese sentido, pues unos compañeros nuestros están negociando la forma de entrega y el lugar… Lo que no saben esos compañeros nuestros es que cuando ya tengan el dinero intervendremos Lorne y yo… ¿Y sabe de qué modo intervendremos?

—Sí.

—¿Sí? —se sorprendió Maxwell—. ¿De veras? Bueno, dígalo.

—Ustedes intervendrán asesinando a sus compañeros y devolviendo el dinero a la Casa Blanca, y como nadie sabrá que todo formaba parte del plan de ustedes serán considerados héroes nacionales, no sólo por haber recuperado esos quinientos millones de dólares, sino por haber desbaratado el plan que implicaba la invasión de Washington, ya que, naturalmente, tras *la gran gesta heroica* de recuperar el dinero dirían que también habían eliminado al coronel Hughes, en cuyo Estado Mayor se habían infiltrado por su cuenta y riesgo precisamente para llegar a conocer a fondo los planes del coronel y luego impedir que los realizara. De modo que ya los tendremos a ustedes dos convertidos en héroes nacionales, y entonces será cuando realmente dará principio el plan de la persona que los está manejando a ustedes dos… Porque no querrán convencerme de que todo esto lo han planeado ustedes, ¿verdad? Claro que no. Esto lo ha planeado alguien que conoce tan bien como ustedes los planes del coronel y ha decidido servirse de ellos de este modo para elevarles a ustedes a la categoría de héroes mientras que el coronel y sus adictos eran asesinados. ¿Y para qué quiere esa persona convertirlos a ustedes en héroes? Pues, evidentemente, para utilizarlos en la realización de su verdadero plan, es decir, catapultarles a los más altos grados militares, apoyarlos, ensalzarlos, llegar a hacer de ustedes, no tardando mucho, dos jóvenes generales, y a partir de ese momento, utilizándolos, ser él quien en verdad, desde la sombra, estará dirigiendo el Pentágono y disponiendo además de una gran fuerza de presión en la Casa Blanca. ¿Consecuencia?: convertirse en el verdadero amo del poder en los Estados Unidos de América, ya que,

paralelamente a ustedes estará proyectando a otras personas *adecuadas* hacia otros puestos de mando y decisión, como serían, por ejemplo, la jefatura de la CIA, la Casa Blanca… ¿Me he equivocado en algo, capitán Maxwell?

John Ames Maxwell estaba demudado, presa del asombro e incluso del pánico. Y lo mismo Lorne Farragut, que había regresado a tiempo de escuchar la larga explicación de Brigitte.

El primero en reaccionar fue Farragut, que jadeó, mirando a su compañero:

—Maldita sea… ¡¿Por qué has tenido que decirle nada?!

—No le he dicho nada —casi tartamudeó Maxwell—… Estaba diciéndole sólo unas pequeñeces, para divertirme con ella… y entonces ella ha dicho que lo sabía, y que… que… ¡Lorne, matémosla! —Se puso en pie de un salto, arrojando el cigarrillo a un lado—. ¡Matémosla ahora mismo!

—Bueno, tranquilízate —terminó de entrar Farragut en la salita —. He hablado con ellos, y todo está preparado, todo acordado en el lugar y en el tiempo previsto. Todo lo que tenemos que hacer seguir navegando hacia el continente y acudir al lugar para hacer nuestra parte.

—¡Pero ella lo sabe todo!

—Todo, no. No sabe quién es él, de modo que aunque tuviera alguna oportunidad de avisar a la CIA, su información sería incompleta… y de lo más increíble y fantástica. Pero es que además esta espía no va a tener la oportunidad de decir nada a nadie, pues personalmente me encargaré de cortarle el cuello…, después de tirárnosla, claro. Tú puedes quedarte con Delicias, si quieres. Yo prefiero a la espía…

Diciendo esto, Farragut se colocó ante Brigitte, agarró con una mano el sujetador, y lo arrancó de un tirón, dejando desnudos los hermosísimos pechos de la espía. Acto seguido hizo lo mismo con la liviana braguita, arrancándola con el mismo gesto rudo.

Sonrió, inclinándose sobre Brigitte.

—Ahora te voy a…

El pie derecho de Brigitte subió, veloz y fuertemente, y Farragut lanzó un bramido al recibir el golpe entre las ingles. Retrocedió, cayó sentado, y sus ojos, súbitamente turbios, se clavaron en la agente Baby, que le contemplaba serenamente.

—Perra puta —jadeó el guapo capitán—… ¡Te voy a enseñar cómo deberás tratarme en el futuro!

Se puso en pie, y se acercó, blandiendo la pistola. Brigitte se puso también de pie, y, pese a que tenía las manos atadas a la espalda, Lorne Farragut sintió un intenso escalofrío recorriendo su espalda al ver los ojos de la espía internacional.

La apuntó al pecho con la pistola, y dijo:

—Sé que piensas defenderte a patadas, supongo que eres experta en *Tae-Kwon-do*, y hasta esperas poder matarme a golpes. Pero te lo diré de este modo, espía: o te vuelves de espaldas ahora mismo, o te meto una bala en el corazón.

Brigitte Baby Montfort sostuvo la mirada de Farragut, pero en su cerebro la orden ya estaba dada: se volvería de espaldas, porque eran muchos años de espionaje, muchos años de dificultades increíbles, de sufrimientos horrorosos, y sabía que todo se olvidaba, todo pasaba… mientras hubiera vida.

Así que, aun a sabiendas de lo que le esperaba, se volvió de espaldas al joven y atractivo Lorne Farragut. Cuando recibió el golpe en la cabeza ni siquiera emitió un gemido. Simplemente, se sintió hundirse velozmente en aquel profundísimo pozo de negrura infinita.

* * *

Lo primero que percibieren sus sentidos fue los sollozos, que llegaban de alguna parte. Poco después recuperaba también el sentido de la vista. Se quedó mirando el blanco techo. Parpadeó, de nuevo oyó los sollozos, y volvió la cabeza hacia ese lado; lo que vio la obligó a volver la cabeza hacia el otro lado: Maxwell estaba violando a Delicias. Y muy cerca, por fin recuperado, sentado en el suelo y apoyado de espaldas en la pared, estaba el coronel Hughes lívido como un cadáver y con las manos hacia la espalda…, por supuesto bien atada la una a la otra. Por el aspecto del coronel comprendió que le habían echado encima un cubo de agua… Habían querido que estuviera despierto para que viese cómo Maxwell violaba a Delicias.

Y eso estaba haciendo Maxwell.

¿Y Farragut? ¿Dónde estaba Farragut?

No le veía por parte alguna. Pero al moverse sintió un leve dolor, que le hizo apretar los labios. Estaba tendida sobre unos almohadones, de modo que había uno de más bajo sus riñones. Supo que Farragut había conseguido sus propósitos con ella: la había violado mientras permanecía inconsciente debido al golpe.

Muy bien. Volvió a mirar al coronel, que se esforzaba por no mirar hacia Delicias y Maxwell. Los ojos del coronel Hughes estaban llenos de lágrimas, y todo su aspecto era lastimoso, tan empapado, lívido, manchado de sangre… Las lágrimas, enormes y silenciosas, brotaban de los ojos del hombre como si fuesen diminutas fuentes inagotables.

Así estaban las cosas cuando Farragut regresó a la salita de la lancha, que seguía navegando hacia los Estados Unidos de América. Farragut vio las lágrimas del coronel, y se echó a reír. Se acuclilló ante él, y le dio unos cachetitos que podrían haber sido cariñosos, pero que eran una burla, un escarnio.

—Vamos, viejo, no hay para tanto… ¿Qué es el sexo? Sólo una… pieza más del cuerpo. ¿Por qué darle tanta importancia? Además… ¡no irá a decirme que realmente ama a su putita pelirroja! Porque si es así, viejo, lo tiene usted muy mal, ya que cuando John termine yo seguiré con Delicias… Nos lo habíamos prometido en los momentos en que ella nos provocaba: algún día, nos la tiraríamos hasta matarla. Y eso vamos a hacer. Aunque no sé, no sé si dedicarle mi tiempo y mi energía a Delicias, porque resulta que yo sí me he enamorado de nuestra espía… ¿Qué le parece?

Por supuesto, el coronel Hughes no contestó. Sencillamente, continuó llorando.

Farragut encogió los hombros, y fue a sentarse con las piernas cruzadas junto a Brigitte, que seguía tendida sobre almohadones. Le pasó delicadamente una mano por el vientre, y luego por los senos.

—¿Sabes? —susurró—: eres tan maravillosa que he cambiado de intenciones contigo. Ya no voy a matarte. Todavía tienes muchos momentos de placer que ofrecerme con tu espléndido cuerpo. ¿Qué dices a eso?

Brigitte no contestó. Lo miraba, eso era todo.

Se oyó el resoplido de John Ames Maxwell, y Farragut sonrió.

—Pero tendrás que esperar, porque no quiero perderme a Delicias. La he estado deseando demasiado tiempo mientras era el

coronel quien se divertía con ella, y no pienso privarme de satisfacer ese deseo… De todos modos, no te preocupes: todavía queda mucha noche por delante…

* * *

Bastante antes del amanecer la lancha llegó a la costa de Florida, aunque, ciertamente, Brigitte no podía tener ni la más ligera idea de qué parte de la costa era aquélla en la que habían fondeado. Ella, Delicias y el coronel fueron dejados solos en la salita, los tres maniatados, y todos los hombres de la lancha grande se reunieron en la cubierta, a la que, al parecer, también accedieron los hombres que habían realizado la travesía en la lancha pequeña.

Durante varios minutos el fino oído de Baby estuvo oyendo el rumor de las conversaciones en la cubierta. Por fin, Lorne Farragut apareció y se acercó sonriente a ella.

—Hasta la vista, mi amor —dijo—. Pórtate bien y seguirás viviendo durante una buena temporada. Y no sufras por mí: antes del siguiente amanecer volveremos a estar juntos… O quizá no, porque cuando me haya convertido en héroe no podré disponer libremente de mi tiempo… Vaya, no había pensado en este contratiempo. En fin, sea cuando sea, pronto nos volveremos a ver, y espero que demuestres tu alegría… Seguro que sí —rió—… ¿Sabes qué me gustaría oírte decir cuando volvamos a vernos?: «¡Oh, Lorne, querido, ven a mis brazos!»…

Volvió a reír, acarició un seno a la espía, y se incorporó.

—Estáis en lugar seguro —dijo—, y bien vigilados por tres de nuestros hombres, así que no hagáis tonterías. Esto va también por usted, coronel. ¿Me ha entendido?

Delmer Delano Hughes miró lentamente a Farragut, y eso fue todo. El joven oficial miró a Delicias, que parecía rota tendida en el suelo, y sonrió una vez más. Luego, regresó a la cubierta de la lancha.

Hubo más rumor de voces, pisadas… La lancha se movía con cierta fuerza. Se oyó el zumbido del motor de la otra lancha al ser puesta en marcha. El zumbido se fue alejando. Regresó el silencio, adornado por los chasquidos del mar contra el casco de la lancha grande. Delicias comenzó a sollozar una vez más. El coronel Hughes

la miró como sorprendido, como si no la conociera en absoluto.

—Deje de llorar —dijo secamente Brigitte—… No es ni la primera ni la única mujer a la que han violado, ¿sabe? Y usted, coronel, colóquese boca abajo: voy a intentar romper sus ligaduras con mis dientes… ¡Espero que no se ponga a llorar usted también! Cuando menos, ella sigue estando viva, que no es poco.

El coronel aspiró hondo y murmuró:

—¿Cree usted que lloraba por lo que le hacían a Delicias?

—¿No?

—No.

—Entonces… ¿por qué lloraba usted? ¿Tal vez porque todos sus planes han sido derribados, porque ha sido traicionado…? Quizás eso sería comprensible: Farragut y Maxwell han matado a su Estado Mayor, sólo quedan ellos dos…, y ciertamente, no creo que se pongan a sus órdenes de nuevo… Han matado a todos sus colaboradores que había en la villa de Nassau, han violado a su amanta, le han golpeado y vejado a usted, han terminado con sus planes de invadir Washington…, y terminarán por matarlo, claro está. Sí, parece que hay suficientes motivos para llorar.

Delmer Delano Hughes, que miraba fijamente a Brigitte, terminó por apretar los labios y desviar la mirada, y la espía se quedó con la duda.

¿Había llorado por todo eso el viejo coronel?

—Está bien —murmuró—… Dejemos eso ahora y vamos a intentar algo para librarnos de esta situación. Póngase boca abajo para…

—¿No me pregunta dónde tengo preparados mis hombres para la invasión de Washington?

—¿Me lo diría?

—Tal vez.

—Coronel, seamos sensatos. Lo primero que hemos de conseguir es salir de aquí, y eso no lo conseguiremos hablando… Con mis dientes puedo… Se oyeron las recias pisadas, y uno de los soldados apareció en la salita terminando de descender la breva escalinata. Su mirada fue de Delicias a Brigitte y viceversa, recreándose en la desnudez de ambas mujeres, y sonriendo lúbricamente viendo en ellas las señales de la violación de que habían sido objeto.

Por fin, el soldado miró a Brigitte fijamente.

—Tú tienes suerte, porque el capitán Farragut nos ha dicho que no debíamos ni tan siquiera tocarte, pero estás tan buena que a lo mejor todavía te vamos a dar tu merecido. De momento, nos conformaremos con esta otra —miró a Delicias—, que el capitán ha dicho que podíamos divertirnos con ella todo lo que quisiéramos, para que el viejo se fastidiase… Los hay sádicos, ¿eh?

Se echó a reír, y comenzó a abrirse el pantalón. Luego, saltó sobre Delicias, que comenzó a gritar, aunque no le sirvió de nada, pues el soldado consumó sus deseos brutalmente, y luego abandonó la salita, riendo. Casi enseguida apareció otro soldado, mientras se oía la voz del anterior llegando desde cubierta:

—¡… y lo más divertido es cómo grita, la condenada! ¡Seguro que es porque le gusta!

El soldado recién llegado sonrió, posando en la desdichada Delicias su mirada ardiente, efectuó la misma maniobra que su compañero: se desabrochó el pantalón y saltó sobre la indefensa muchacha, procediendo con ella con la misma brutalidad que su compañero…

De repente, Delicias Arlington dejó de gritar. Dejó de moverse. Quedó tan silenciosa, tan quieta, que el soldado se detuvo en su acto, sorprendido, y terminó por colocarse de rodillas entre los magullados muslos femeninos, que se separaban ahora con una languidez insólita.

—Pero ¿qué demonios…?

El atónito soldado contemplaba los abiertos, desorbitados ojos de Delicias Arlington. Desorbitados, quietos, espantados, expresando angustia, dolor… y muerte. El soldado no acababa de asimilar aquella realidad, esto es, que la muchacha había fallecido víctima de un colapso cardíaco, ocasionado por la tremenda brutalidad con que estaba siendo tratada durante toda la noche.

De repente, posiblemente alertado por su sexto sentido, el soldado volvió la cabeza. Vio a Brigitte acercándose a él, y los pelos de la nuca se le pusieron de punta.

Reaccionó, llevando la mano a la pistolera, dispuesto a recurrir a su arma, pues intuyó de súbito que a aquella mujer sólo podría vencerla matándola… Ya era demasiado tarde para él, su reacción no llegó a tiempo: Baby le aplicó un golpe de *Tae-kwon-do* con el pie derecho, acertándole de lleno en la sien izquierda. El soldado

emitió un ronquido truncado, giró la cabeza como si se le fuera a desatornillar de sobre los hombros, el cuerpo siguió el giro y cayó fulminantemente muerto junto al todavía palpitante cadáver de Delicias Arlington.

Brigitte se tendió de costado junto a él, se colocó de espaldas, y consiguió retirar de la funda la pistola, con sus manos atadas una a la otra por las muñecas. Empuñando el arma, Brigitte se desplazó hasta donde se hallaba el coronel Hughes, y susurró:

—Vamos, tiéndase boca abajo.

La alucinada mirada del coronel se apartó del cadáver de Delicias Arlington, y se posó en los azules ojos, que parecían de hermoso hielo azul. Por fin, asintió con un gesto, y se tendió boca abajo. Sin soltar la pistola, Brigitte se colocó de rodillas junto al coronel, se inclinó sobre sus manos y comenzó a roer con los dientes las fuertes ligaduras. Era cuestión de paciencia, y ella tenía muchísima cuando era necesario. De paciencia y de tiempo.

Falló lo del tiempo.

De repente, cuando apenas llevaba Brigitte cinco minutos royendo las cuerdas se oyeron las pisadas en la breve escalinata, y se oyó la voz del tercer soldado:

—¿Terminas o qué? Lo convenido…

Apareció en la salita, y sólo tuvo un instante para expresar desconcierto al contemplar la escena. Un instante brevísimo, porque Brigitte se había tendido de costado en el suelo, y pese a la difícil postura, pudo disparar la pistola del otro soldado.

El estampido pareció un cañonazo dentro de la pequeña lancha. El soldado recibió el balazo en pleno rostro, emitió un grito que se extinguió enseguida, y giró, cayó de bruces, rebotó en el marco de la entrada, y acabó cayendo de espaldas hacia el centro de la salita, donde quedó con la destrozada cara sangrante orientada al techo.

En la escalinata sonaron precipitadas y fuertes las pisadas del soldado que había tenido su primer turno de diversión. El hombre llegaba gritando:

—¿Qué demonios pretendéis? ¡Ese disparo…!

¡Pack!, disparó de nuevo la agente Baby.

El soldado terminó de entrar en la salita dando un traspié, se detuvo, se quedó mirando estupefacto a Brigitte, y luego se miró la mancha de sangre que se extendía por su pecho. ¡Pack!, disparó por

tercera vez la espía más peligrosa del mundo.

El soldado cayó de espaldas, y eso fue todo. El coronel Hughes miró fascinado a la mujer que en menos de medio minuto había matado a tres hombres pese a tener las manos atada a la espalda. Ella le miró a su vez, y, de pronto, sonrió y dijo:

—Seguramente alguno de éstos lleva una navaja, que nos servirá para cortar las cuerdas.

Efectivamente, uno de ellos llevaba una navaja, que Brigitte utilizó para cortar en un instante las cuerdas que ataban las manos del coronel. Éste se puso en pie, frotándose las muñecas doloridas.

—Vamos, vamos —insistió Brigitte—, ¡desáteme, no pierda tiempo!

Delmer Delano Hughes la miró.

De repente cogió del suelo la pistola que Brigitte había utilizado, y apuntó enseguida a la cabeza de la espía. Su mirada chocó con la de ella, quieta y serena.

—Va a cometer un error, coronel —dijo Brigitte.

—El error sería desatarla a usted, para que me matara o me detuviera. Ya me he dado cuenta de qué clase de enemigo es.

—No soy enemiga de usted. Con usted puedo conversar, y tal vez lleguemos a entendernos. Pero tenemos que pararle los pies al otro.

—¿A qué otro? ¿A quién se refiere?

—A la persona que ha sabido aprovechar la ocasión que usted le ha facilitado para poner en marcha sus propios planes.

—¿De qué está hablando?

—El capitán Farragut y el capitán Maxwell han estado en todo momento simulando que le servían fielmente a usted, pero en realidad obedeciendo a otra persona que tiene sus propios planes respecto al poder… Usted no oyó esto, porque estaba desvanecido, pero puedo explicárselo en un minuto.

—Hágalo.

Brigitte explicó rápidamente y perfectamente los planes de la persona que pretendía convertir a Farragut y Maxwell en héroes nacionales para utilizarlos en el futuro todavía con más provecho. Cuando terminó la explicación, el coronel Hughes parecía de piedra, insensible a todo, como si no quisiera haber oído.

Pero sí había oído, y por fin murmuró:

—¿Es usted capaz de encontrar a esa persona?

—Le aseguro que sí.

—De acuerdo. Entonces la voy a dejar con vida, para que se encargue de ella cuando salga de aquí, cosa que terminará por conseguir.

—O sea, que no piensa desatarme ni razonar conmigo sobre la situación.

—La situación ya está *razonada*: sencillamente, esta noche invadiré la ciudad de Washington. Usted, por su parte, haga lo que crea que tiene que hacer.

—Coronel: el general Kimsaid ha sido encargado de la defensa de Washington. Usted conoce a Ronald Kimsaid, ¿no es cierto?

—Lo conozco muy bien —sonrió secamente Hughes—… O quizá sólo creía conocerlo, pues me defraudó al rechazar mi propuesta de que se uniera a mí y a mis hombres.

—Sea sensato, coronel. En primer lugar, usted sabe que precisamente el general Kimsaid es el hombre que puede detenerlo sin que tan siquiera consiga usted entrar en Washington. En segundo lugar, se ha quedado solo, no dispone de su Estado Mayor para que le ayude a dirigir nada menos que trescientos cincuenta mil hombres. En tercer lugar: ¿no se da usted cuenta de la mortandad que puede causar un enfrentamiento armado entre sus hombres y los soldados del general Kimsaid en un espacio de terreno tan reducido como una ciudad… en la que hay millones de personas?

—¿Por qué se excita tanto?

—¡Odio las guerras, las batallas, las muertes masivas que sólo obedecen a planes generalmente criminales…! ¡Las odio! ¡Y odio a todo aquel que las fomenta y las activa!

—Yo también —susurró Delmer Delano Hughes—: por eso voy a ver si termino con eso de una vez por todas.

Tiró la pistola al piso, dio la vuelta, y abandonó la salita de la lancha. Brigitte no oyó nada más. Cuando, utilizando la navaja, consiguió por fin cortar ella misma sus ligaduras, estaba amaneciendo. Y, ciertamente, el coronel Hughes no se hallaba a bordo. La costa estaba a menos de un cuarto de milla, y, salvo que algún tiburón hubiera hecho su entrada en escena inesperadamente, ya debía de hacer un rato que el coronel Hughes había llegado a

nado a tierra firme. La espía encontró bien pronto la radio, y se quedó mirándola. Nada más sencillo que cambiar su longitud de onda para ponerse en contacto con la CIA, pero si hacía eso las personas que estaban en contacto con aquella radio y con aquella longitud comprenderían que algo había ocurrido, y se apresurarían a avisar a los capitanes Maxwell y Farragut.

De modo que Brigitte prefirió pilotar la lancha hasta encontrar un lugar adecuado en el que desembarcar, llamar por teléfono a la CIA, y tomar todas las medidas para que las cosas sucedieran del modo menos malo posible.

Capítulo VIII

La entrega de los quinientos millones se produjo, conforme a lo convenido y del modo convenido, aquella misma tarde, cuando comenzaba a oscurecer: un pequeño camión particular llegó al lugar de la entrega, cuatro hombres se apearon y descargaron los paquetes que contenían la cantidad convenida, en billetes de mil, cinco mil y diez mil dólares. Luego, esos hombres regresaron a la camioneta, que se alejó del solitario lugar.

Apenas cinco minutos más tarde apareció la otra camioneta, que se detuvo junto a los paquetes conteniendo el dinero. Tres hombres saltaron de la camioneta, cargaron los paquetes en ella, volvieron a subir, y se fueron del lugar, que de nuevo quedó silencioso y vacío de toda presencia humana.

Medía hora más tarde, la camioneta se detenía frente a una pequeña casa cerca de la cual había tres helicópteros. Se oía el rumor del cercano mar. Los tres hombres apagaron el motor y las luces, y de nuevo saltaron a tierra. En la casa se había encendido ahora una luz, que pareció un súbito ojo en las ya cerradas sombras de la noche. Otro ojo, enorme, se formó cuando se abrió la puerta de la casa. Los tres hombres fueron allí, entraron, y, sonrientes, precedieron al capitán Maxwell hacia el saloncito, donde esperaba el capitán Farragut.

Fue éste quien preguntó:

—¿Todo bien?

—Claro.

—¿Seguro que no os han seguido?

—Ya fueron muy seriamente advertidos de que si hacían eso las cosas se iban a complicar muchísimo, así que no, no nos han seguido. Seguro.

—Estupendo.

—Entre los cinco podemos pasar la carga rápidamente a los

helicópteros, mientras la revisamos por si han metido entre ella algún emisor de señales. Y cuanto antes empecemos antes terminaremos.

—Eso es cierto —sonrió Maxwell—: cuanto antes se empieza un trabajo antes se termina.

Disparó casi a quemarropa contra el hombre que había hablado, metiéndole la bala en el corazón, silenciosa y pulcramente. Los otros dos apenas tuvieron tiempo de respingar, de sorprenderse: Maxwell disparó enseguida contra otro, mientras Farragut, usando igualmente pistola con silenciador, asesinaba al tercero sin dejar de sonreír amablemente. Los tres cadáveres quedaron tendidos uno sobre otro en el suelo, presa del pasmo… y de la muerte.

—Siempre me pregunto —movió la cabeza Farragut— cómo es posible que la gente sea tan cretinamente confiada. Desde el mismísimo coronel Hughes a estos bobos, los hemos engañado a todos… ¡Y ni siquiera han desconfiado sabiendo que habíamos engañado a otros!

—La gente cree que a ellos nunca les va a ocurrir nada malo —dijo festivamente Maxwell—. Bien, dejémonos ahora de filosofías y vamos a convertirnos en héroes nacionales. Lo más adecuado será que llamemos al Servicio Secreto del Ejército… ¡Por algo somos militares, ¿no te parece?!

Se echaron a reír los dos.

Farragut llamó por teléfono al número que ya tenían preparado.

Luego, salieron de la casa, se metieron en la camioneta, y fueron a convertirse en héroes.

* * *

—Ahí llega la camioneta —dijo uno de los hombres que esperaban.

En efecto, la camioneta apareció en el lugar convenido por teléfono, y, enseguida, Maxwell y Farragut se apearon y alzaron los brazos, ambos iluminados profusamente por las muchas luces que se encendieron de pronto.

—¡Somos nosotros! —gritó Maxwell—. ¡Los capitanes Farragut y Maxwell!

—Vengan aquí —dijo una voz, por detrás de las luces.

Los dos oficiales echaron a andar en aquella dirección, haciendo

caso omiso a la docena de soldados que apareció acercándose rápidamente a la camioneta. Cuando pasaron detrás de la cegadora barrera de luces, se encontraron frente a dos hombres de paisano y media docena de militares de alta graduación. Allí se podían ver perfectamente las caras, iluminados por las luces pero no deslumbrados.

—Traemos el dinero, tal como avisamos —dijo Farragut—. Nosotros…

Iba a seguir hablando, pero le dejó mudo la sorpresa. Una sorpresa inicial y brevísima, que enseguida se convirtió en lógica alarma. Pero no tuvieron tiempo de reaccionar, pues mientras la recién aparecida Baby se acercaba a ellos caminando armoniosamente, los dos hombres de paisano les arrebataron rápida y hábilmente sus pistolas.

Maxwell y Farragut parecían dos estatuas cuando Brigitte Montfort se detuvo sonriente ante ellos.

—Caballeros, ¿cómo están ustedes? No sabría expresarles mi agradecimiento por traernos el dinero, si bien debo aclarar que el dinero me tiene sin cuidado, y que, de todos modos, tarde o temprano lo habríamos recuperado, si yo me lo hubiera propuesto. Pero en fin, están aquí, que eso sí me interesaba. ¿Cuál de los dos quiere morir primero?

—No se atreverá a matarnos —jadeó Maxwell—… ¡No puede hacerlo!

—¿No? —Se pasmó Brigitte—. ¿Por qué no, capitán?

—Si nos mata nadie les podrá decir nunca quién es el hombre que está detrás de nosotros, al cual llamamos POWER.

—Oh. Power, ¿eh? O sea, PODER. Bueno, está bien, dígame quién es.

—No tan deprisa, hermana. Para que nosotros les digamos quién es POWER ustedes van a tener que ofrecernos mucho y hacer muchas concesiones.

—Capitán Maxwell —dijo amablemente Brigitte—: es usted un imbécil.

Le apuntó al corazón con la pequeña pistola provista de silenciador, y apretó el gatillo. Se oyó el suave chasquido, el blando impacto de la bala contra la carne del hombre, y éste emitió un suspiro, dobló las rodillas, cerró los ojos, y rodó por el suelo.

Brigitte miró entonces a Lorne Farragut, cuyo rostro estaba blanco como si fuese de nata. Farragut sentía que todo su interior se estaba helando rápidamente, se sentía agarrotado por el helor insólito que empapaba sus carnes… Pero, de pronto, la señorita Montfort dijo, dulcemente:

—Oh, Lorne, querido, ¡ven a mis brazos!

En el fondo de su más lúcida conciencia Lorne Farragut sabía que esto no podía ser cierto, que era imposible que aquella mujer a la que él había violado y escarnecido sintiera hacia él ni un solo pensamiento o sentimiento de dulzura o amor. Pero el deseo de vivir es tanto que uno, llegado momento, es capaz de creerse cualquier cosa que le permita abrigar la esperanza de seguir viviendo… Por eso, Lorne Farragut sonrió a su vez, y dio un paso hacia la espía más implacable del mundo.

Ella le apuntó al corazón, sin dejar de sonreír dulcemente.

Plof, chascó el disparo.

El silencio era impresionante cuando Lorne Farragut, muerto en el acto, cayó de espaldas. Los soldados habían dejado de retirar sacas de la camioneta para comprobar su contenido. Nadie se movía. Todo parecía como petrificado en manchas de dorada luz espesa y quieta.

Brigitte miró su relojito de pulsera, y luego a *Mr*. Cavanagh, que era el único de los presentes que ni se había alterado.

—Deberíamos marcharnos ya, señor —dijo la divina espía—… No quisiera perderme la invasión de Washington.

* * *

Cualquier persona que conociera la ciudad de Washington, y que de pronto se hubiera trasladado a ella, habría tenido la profunda y lógica sensación de hallarse en un lugar totalmente desconocido, incluso, quizás, en un lugar perteneciente a otro planeta, a otra galaxia.

Absolutamente todas las luces de la ciudad estaban encendidas, pero ni un solo vehículo o personas circulaban por sus calles. Era como una enorme máquina absurdamente iluminada. O tal vez, como una de esas ciudades de cristal y mármol que se ven distantes en las películas de ciencia-ficción. Era una quietud y un silencio tan

absolutamente anormales que causaba desazón, desconcierto, una honda inquietud indescriptible.

En Pennsylvania Avenue, justamente delante de la Casa Blanca, había tan sólo una enorme y lujosa limusina negra, con capacidad para que en ella viajasen cómodamente ocho personas que podían disponer de radio-teléfono, radio, televisor, y bar. Dentro de este especialísimo automóvil, había solamente cinco personas: el conductor, que aguardaba ante el volante; *Mr*. Cavanagh, director del Grupo de Acción de la CIA; el general Ronald Kimsaid; Ray Tooth, jefe de los servicios de seguridad de la Casa Blanca; y, por supuesto, la señorita Brigitte Montfort, más conocida por Baby cuando de trabajos y situaciones como el presente se trataba.

—Esto es absurdo —masculló de nuevo el general Kimsaid—… ¡Absurdo!

Y quiero recordarle que fue usted misma quien consiguió que el señor presidente me designara como jefe de la defensa de la ciudad si llegaba a producirse este ataque.

—Lo absurdo sería que se produjera —dijo Ray Tooth, cuyas facciones no podían ser mis sólidas y herméticas—. Ese pobre hombre es un chiflado, simplemente. Jamás ha tenido trescientos cincuenta mil hombres a sus órdenes.

—Sí los tiene —dijo Brigitte.

—No los tiene —gruñó de nuevo Kimsaid—… Le conozco bien. Al principio sí que llegué a creérmelo, pero no los tiene. Me he vuelto loco buscando los lugares donde esa cantidad de soldados podían estar esperando cerca de Washington para podar atacar por sorpresa de noche, y no he encontrado ni rastro. He movilizado a todos los expertos disponibles… ¡Maldita sea, es imposible logísticamente que ese chiflado llegue a Washington esta noche con trescientos cincuenta mil hombres!

—Llegará —dijo Brigitte.

—¡Pero cómo demonios puede usted decir semejante tontería…!

Brigitte sonrió, abrió el bar, y se sirvió otra copita de champán deliciosamente frío. En aquel momento sonó la llamada por la radio, y Cavanagh la atendió inmediatamente.

—Adelante —murmuró.

—¿General Kimsaid? —Sonó la voz masculina.

—Estoy aquí —gruñó Kimsaid—. Diga.

—Señor, acaba de aparecer en mi zona de vigilancia, es decir, el acceso al Puente George Mason, un vehículo militar.

—¿Uno?

—Uno, señor. Es un camión todo terreno, y lleva la insignia de coronel. En la cabina hay solamente una persona, que conduce el camión. La caja del camión está cerrada, no podemos saber si dentro hay soldados… o cualquier otra cosa. El camión se dirige al acceso al puente, evidentemente dispuesto a cruzar el Potomac, me atrevería a decir que hacia el centro de la ciudad… ¿Lo detenemos, señor?

Kimsaid abrió la boca, pero Brigitte se adelantó a su decisión:

—No. Déjenlo pasar. Y hagan circular inmediatamente la orden de que nadie, absolutamente nadie dispare contra ese camión por ningún concepto. Y quiero que esto quede bien claro, sea usted quien sea.

—¿Señor? —indagó el comunicante—. ¿Mi general?

—Obedezca la orden de la señorita —gruñó Kimsaid—. Pero siga vigilando la llegada de más vehículos o personal.

—No hay más, señor. Mis avanzadillas me lo habrían informado. Precisamente no le he llamado antes porque quería tener información completa: no hay más, no hay más vehículos, no hay soldados. Sólo ese camión, señor.

—Pues déjenlo pasar.

—Sí señor.

Kimsaid cortó la comunicación, y dirigió una colérica mirada a Brigitte.

—Apueste cualquier cosa a que ese loco…

—Vamos a su encuentro —dijo Brigitte.

—Imposible —dijo Tooth—: no podemos abandonar esta posición.

—En ese caso pediré un coche de la CIA y acudiré sola al encuentro del enemigo —sonrió la divina—. Caballeros, ¿no se dan cuenta de que la invasión de Washington *ya se ha producido*?

—¿Cuál invasión? —masculló Tooth—. ¿Llama usted invasión a un solo y simple camión?

—No es *un simple* camión —susurró Baby—: contiene todo el ejército de trescientos cincuenta mil hombres del coronel Hughes.

—¿Qué?

—En cierta ocasión me enfrenté a un… ejército verdaderamente insólito: el Ejército de Amid Koral. Les aseguro que nunca hasta entonces había visto un ejército tan… chocante e imprevisible, y aparentemente inofensivo. Pero no era inofensivo. El del coronel Hughes sí lo es.

—¡No entiendo nada!

—Si me permiten un consejo fruto de mis experiencias con la señorita Montfort —deslizó Cavanagh—, creo que, simplemente, deberían hacer lo que ella dice. Ahorraremos tiempo y tonterías.

—De acuerdo —farfulló Tooth—: vamos al encuentro de ese… ejército.

El lujoso automóvil fue puesto en marcha.

La radio volvió a sonar, y Kimsaid se apresuró a atenderla.

—Adelante.

—Mí general, el conductor del camión está hablando, se le oye perfectamente en más de un cuarto de milla a la redonda, gracias a los potentes altavoces que lleva instalados en el camión.

—¿Qué está diciendo?

—Nombres, señor.

—¿Nombres?

—Nombres, señor. Nombres de personas.

—Pero… ¿qué nombres, qué personas?

—No lo sé, señor. Nombres corrientes. Parece… como si estuviera leyendo… una guía telefónica, o algo así.

—No es una guía telefónica —susurró Brigitte—; es la lista de soldados muertos en las acciones de guerra del coronel Hughes. Soldados norteamericanos, por supuesto.

—¿De… de qué… está usted hablando? —jadeó Kimsaid.

—Desde que el coronel Hughes tuvo mando para enviar hombres a combatir le han matado, en las diversas guerras en las que ha intervenido, un total aproximado de trescientos cincuenta mil hombres. Ahora, él los trae a Washington. Está leyendo sus nombres, los nombres de todos esos muchachos caídos en acción de guerra. ¿Sabía usted que, finalmente, cuando la luz se hizo en su mente, el coronel Hughes comenzó a odiar las guerras con toda su alma? De repente, un día, posiblemente manejando cifras o datos logísticos de cualquier clase, se sorprendió al enterarse de que en sus batallas habían muerto trescientos cincuenta mil soldados

norteamericanos, trescientos cincuenta mil muchachos. Cuando comprendió esto en toda su magnitud el coronel Hughes debió de sentirse absolutamente horrorizado.

—Eso es imposible —jadeó Kimsaid—… ¡Él es un militar!

—Él es una persona, a la que yo he visto llorar por esos trescientos cincuenta mil soldadas. No lloraba por otra cosa, sólo por eso, por sus trescientos cincuenta mil jóvenes norteamericanos… Y no hace falta que sigamos circulando a su encuentro, puesto que él viene hacia aquí, hacia la Casa Blanca.

—Pero… ¿está loco?

—Aquí no hay más maldito loco que usted, POWER —dijo Brigitte.

—¿Qué dice? —Palideció el general Kimsaid.

—¿Con quién cree que está usted tratando? ¿Con una pobre estúpida a la que sólo algunas felices casualidades la han colocado en la cumbre del espionaje mundial? General Kimsaid: usted está hablando con la agente Baby, que lleva más de veinte años trabajando contra bichos como usted, y hasta peores. Maldito sea —Brigitte sacó la pistolita y apuntó al corazón de Kimsaid—: ¿qué se ha creído usted que soy?

—Se ha vuelto loca —tartamudeó Kimsaid.

—Tardé bastante en comprenderlo: Carpenter Rush sabía algo que sólo quería decirme a mí, y ese algo era que usted es PODER, el hombre que a la sombra de la demencia sentimental del coronel Hughes pretendía conseguir un gran poder para regir el mundo utilizando a otros, como los capitanes Maxwell y Farragut. ¿Por qué cree usted que los maté a ambos sin molestarme en solicitar sus confidencias? Lo hice porque ya sabía quién era POWER, ya se había hecho la luz en mi mente. ¡Cuántas vueltas le he dado al hecho de que Carpenter Rush sólo quería hablar conmigo! Y por fin comprendí: él había descubierto que usted, conocedor de los planes del coronel Hughes, estaba preparando los suyos propios, convencido de que lo que decía Hughes sobre trescientos cincuenta mil hombre era cierto, pues sabía que muchos le admiraban pese a su mal carácter… ¿Mal carácter? ¿Cómo no había de tener mal carácter un hombre bueno y sensible al que por fin le iluminó la verdad y le hizo comprender que la guerra es lo más infame que hay en el mundo, y que él había llevado a esa guerra y a esa muerte

a trescientos cincuenta mil muchachos…? Esto tampoco lo sabía Rush, pero él sí sabía que si alguien tenía que saber cuanto antes lo que usted estaba tramando ese alguien sólo podía a ser yo, la única persona en la que Carpenter Rush, espía profesional durante más de veinticinco años, *confiaba de verdad,* aparte del hecho de que yo siempre resuelvo todo conflicto que pueda afectar la paz. Y eso lo sabía Carpenter Rush, uno de mis Simones. ¿Me ha comprendido usted, POWER?

—Bruja maldita —jadeó Kimsaid, llevando su mano a la pistolera.

Plof, disparó la señorita Montfort.

—Dios mío —jadeó Tooth.

Se quedó mirando alucinado el cadáver de Ronald Kimsaid, igual que el conductor de la limusina, que se había vuelto y estaba ahora petrificado por el espanto.

Brigitte miró a Cavanagh, y murmuró:

—Hágase cargo del mando militar alegando una indisposición del general Kimsaid, señor. Y que de ninguna manera disparen contra ese camión.

—Quede tranquila, querida.

—Y ustedes dos —miró Brigitte a Tooth y al otro velozmente—, si alguna vez dicen algo de lo que se ha hablado o de lo que realmente ha ocurrido aquí, dense por muertos.

Sin hacer caso de la palidez de los dos hombres, Brigitte se apeó de la limusina, y comenzó a caminar por Pennsylvania Avenue en aquella noche de frescor y de insólito silencio y soledad.

Comenzó muy pronto a oír la lista de nombres que se pronunciaban por los altavoces del camión: Adamson, Neil, soldado; Adler, John, soldado; Adliman, Petar, sargento, Adwin, Frederick, soldado…

El camión no tardó en aparecer. Brigitte se colocó en el centro de la Avenida, inmóvil. Muy pronto las luces del camión le dieron de lleno, como si el conductor no tuviera suficientes con las que tan profusamente iluminaban no sólo Pennsylvania Avenue, sino toda la ciudad de Washington. Las ropas de Brigitte Montfort parecieron de ala transparente de mariposa bajo tantas luces. De pronto, las del camión se apagaron, y el vehículo se detuvo.

Este es el final

Brigitte se encaminó hacia el camión, a cuya cabina subió, por el lado derecho. Se quedó mirando al coronel Hughes, que estaba ante el volante, vuelta la cabeza hacia ella, mirándola fijamente. Brigitte le sonrió, y se volvió a mirar por la especial ventanilla al interior de la caja del camión, donde había un equipo estereofónico funcionando, además de unos archivos y montones de cintas magnéticas esperando su turno para ser introducidas en el aparato, a fin de que fuesen recitando la lista de trescientos cincuenta mil soldados muertos en acción de guerra. Trescientos cincuenta mil nombres que el coronel Hughes había ido recogiendo de los archivos del Pentágono para leerlo en la capital de los Estados Unidos de América, frente a la Casa Blanca…

—¿Cómo está, coronel?

—Bien, gracias. ¿Y usted?

—Magníficamente. Siga hacia la Casa Blanca.

—Nos harán pedazos.

—No. Y además, ni a usted ni a mí nos importa, ¿verdad?

—Verdad —sonrió Delmo Delano Hughes.

—Dentro de poco, los atemorizados ciudadanos de Washington comprenderán que nada peligroso va a ocurrir, y muy pronto todos sabrán que frente a la Casa Blanca se está procediendo a la lectura de los nombres de trescientos cincuenta mil muertos… que son sólo una pequeña parte de los muchos muchachos americanos muertos o desaparecidos de modo tan cruel y absurdo. ¿Y sabe, coronel?, acaba de darme usted una idea: pediré más listas de éstas a muchos amigos míos de todo el mundo, y otros amigos míos se dedicarán a leerlas por las calles de todas las ciudades de todos los países de este maravilloso planeta que entre unos y otros hemos convertido en una fosa pestilente.

—¿Verdad que sí es una buena idea?

—Ya lo creo que sí.

—Entonces… ¿usted no va a impedirme que siga adelante con ella?

—Usted aún no lo ha entendido, según parece, coronel: no sólo no lo voy a impedir, sino que me gustaría que me admitiera como su ayudante para culminar hasta sus últimas consecuencias esta invasión de Washington.

—Está usted admitida.

—Muchas gracias.

Por los altavoces seguían sonando nombre tras nombre de los soldados fallecidos. Brigitte miró de nuevo al coronel Hughes, y no se sorprendió en absoluto al ver otra vez sus ojos llenos de lágrimas, porque sabía que ella misma, no tardando mucho, también iba a estallar en llanto.

FIN